

La Ilustración Artística

AÑO XVII

BARCELONA 26 DE DICIEMBRE DE 1898

Núm. 887

LA PERFECTA CASADA, DE FRAY LUIS DE LEÓN. — Con uno de los próximos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA recibirán nuestros abonados esta preciosa obra, que completa la serie de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL correspondiente á 1898. La edición es lujosa, y el esmero con que se ha procedido á su impresión así como á la de los bellos cromos que la ilustran, ha sido causa de que no hayamos podido repartir dicho tomo con la oportunidad que acostumbramos.

NÚMERO ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, compuesto por el conocido artista D. José Triadó y conteniendo artículos de la señora Pardo Bazán y de los Sres. Blasco, Kasabal, Moreno Godino y Zamora y Caballero. — Para inaugurar nuestras tareas en el año próximo, estamos ultimando la impresión de un número verdaderamente extraordinario, que esperamos llamará la atención de nuestros lectores.



¡QUE LE COJE!, dibujo original de Mariano Benlliure

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *D. José de Castro y Serrano*, por Eusebio Blasco. — *La Nochebuena. Lamisa del gallo*, por José Gestoso y Pérez. — *Nuestros grabados*, por A. Ribaux. — Libros.

Grabados.—*¡Que le cogel!*, dibujo de M. Benlliure. — *D. José de Castro y Serrano*. — *Ayer*. — *Hoy*. *A la misa del gallo*, dibujos de J. García Ramos. — *Flamma Vestalis*, cuadro de Burne-Jones. — *Un interior*, estudio de Max. Liedermann. — *Una audiencia especial en el Vaticano*, dibujo de A. Bianchini. — *Manolas y toreros*, cuadro de Joaquín Agrasot. — *Malas noticias*, dibujo de José de Pando. — *Fantasma del Quijote*, cuadro de Julio Borrell. — Cinco dibujos de Manuel Orazzi que ilustran el artículo *Missa solemnis*. — *En el Real de la feria*, cuadro de Joaquín Agrasot.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La semana de Navidad y la Semana Santa. — Los misterios gozosos y los misterios dolorosos del Rosario. — Un vía-cruce al revés, para contemplar los misterios gozosos como se contemplan en los vía-cruces ahora los misterios dolorosos. — Las esperanzas bíblicas. — La anunciación del Arcángel Gabriel. — La visita de la Virgen a Santa Isabel. — La Natividad de Jesús narrada en los Evangelios. — Conclusión.

¡Cuánto se parece la semana de Navidad a la Semana Mayor! En ésta nos creemos todos obligados a entrar en las iglesias para oír los trenos de Jeremías y el estruendo de las Tinieblas; en aquella, en la semana de Navidad, nos creemos todos obligados a entrar en las iglesias para oír los regocijados villancicos que acompañan la zambomba, el panderero y el rabel. Cuando era yo niño, mi santa madre obligábase con frecuencia en las novenas de los mayores santos y de las mayores festividades a rezar el rosario. Y recuerdo muy bien cómo en tales rezos los misterios gozosos presidían unas veces y los misterios dolorosos otras veces a las cuentas litúrgicas que componen la matemática religiosa del Santo Rosario. Y así como son misterios dolorosos todos los relativos a la Pasión del Señor, son gozosos todos los relativos a la Encarnación y a la Natividad y a los Milagros y Predicaciones y al Sermón de la Montaña y a la Resurrección y al Tabor. Ya que aparecen por todas partes las capillitas recordando los misterios dolorosos, ¿por qué no habrán de levantarse capillitas recordando los misterios gozosos? Cristo resume toda nuestra vida, en cuanto hombre, como, en cuanto Dios, resume toda la vida del cielo. Y así mezcla los dolores con las alegrías como se mezclan estos dos afectos en la vida. ¿Por qué frente a los vía-cruces no habían de levantarse otros montecillos con rosales, en vez de cipreses, recordando el *vía-gloria* de nuestro Salvador? Yo voy a levantarlo en este humilde artículo; yo voy a recordar las esperanzas mesiánicas que trajeron la redención cristiana; el anuncio a María por el ángel de su dignidad; la Encarnación del Verbo en los senos de la Virgen; la visita de ésta en Hebrón a su prima Santa Isabel, y por último la Natividad de Jesús tal y como la refieren los Santos Evangelios.

Las letras hebreas componen una especie de himno sublime a los combates por patria y raza, como a los duelos y lamentaciones de sus dolores, como a la glorificación de sus esperanzas. Indudablemente propondrá la influencia ejercida por la Biblia sobre nosotros de la educación religiosa que todos hemos recibido: respira el humano espíritu a diario ideas y pensamientos múltiples, por sus intuiciones, por sus creencias domésticas, por sus costumbres nacionales, como respiran las aves, no sólo por sus pulmones, sino también por sus plumas. Y si averiguáramos el génesis de nuestros pensamientos, veríamos cuál número de ideas íntimas y de formas bellas provienen de lo escuchado a diario en las iglesias, de lo en familia leído sobre los libros religiosos y los viejos diccionarios del hogar. Lo cierto es que persona ni cosa ninguna en el mundo nos habla del dolor y de la muerte y de la eternidad, consiguiendo escalofriarnos, como los acentos de Job llagado sobre su inundo estercolero; por ninguna ciudad sentimos en el planeta, ni aun por aquellas que llevamos dentro del alma, el dolor experimentado al ver en los trenos de Jeremías Jerusalén plañéndose desolada como pobre viuda sobre cenizas y abrojos; ninguno de los cánticos antiguos, ni aun los griegos y perfectos, pueden movernos como los misereres que oímos cuando el tenebrario se apaga en los divinos oficios y dentro del templo convertido en catafalco hablan las tinieblas. Nosotros contamos todavía con los dedos en familia las antiguas semanas de Daniel; nosotros vemos pasar en las ráfagas del viento, por las nubes amontonadas en el tope de las cordilleras, al ruido y vapor que alzan los despeñados torrentes, sobre las reverberaciones del día en su cuna y del sol en su ocaso, aquellas visiones del sublime inspirado Ezequiel, que nos evoca en los versículos de sus li-

bro la imagen misma de Dios; y hasta en las majadas y en los otros, cuando los lirios huelen y las esquilas sueñan y las ovejas balan y el rocío cae, las musas de todos los idilios que pueden conmoveros y penetraros del amor feliz y campestre, se hallan a la verdad, no en Teócrito, no en Garcilaso, no en Gesner, no, en el Cantar de los Cantares.

Yo no recuerdo haber oído una vez tan sólo en valles y montañas el toque de la campana en lo alto de la torre a la oración, rezada entonces por todos cuantos la oían, sin ver como de bulto en el fondo brillantísimo de los espléndidos celajes compuestos por el beso de los mares con los cielos el ángel Gabriel, vestido de su túnica celestial, caídas las alas como por haber volado mucho, arrodillado en el suelo, con su ramo de azucenas en las manos y los ecos de la palabra divina en el vibrante labio, diciéndole a María: «Llena eres de gracia.» Y en efecto, por desdichado que parecáis, nunca sois un expósito, desheredado por tal suerte de afectos, que no hayáis visto y no hayáis encontrado una mujer amada en el camino de la vida. Y cuando recordáis que os animó la sangre de sus venas, que os nutrió la leche de sus pechos, que a manera del polluelo en su nido tomasteis en su alma la iniciación primera de la vida, y que siempre hay un puerto para vuestras tempestades en su regazo y siempre un refugio para vuestros desengaños en su maternidad, ¡ah!, idolatráis a la madre y os acogéis en los naufragios continuos del mundo a los pliegues protectores de su amplio manto. Y esa madre santísima os parecerá siempre virgen, porque desearéis reunir en ella con la fecundidad la pureza. Y el dogma de la Virgen Madre se os impondrá, no tanto porque lo hayan adorado estos ó aquellos pueblos, porque lo hayan bendecido estas ó las otras generaciones, porque lo hayan puesto en sus altares y en sus templos estas ó las otras liturgias, sino porque vuestro corazón lo necesita para explicaros todo lo que habéis amado y todo lo que habéis padecido sobre la faz del planeta en los combates de la vida. Y así veis que a las letanías rezadas por tantos cleros, dichas al son del órgano, comunicadas por las torres y sus lenguas de metal a los aires, únese otra letanía de todos los seres que hay en la creación material y de todos los seres que hay en la creación artística, pues ninguno quiere llamarse, ninguno, expósito; ¿qué digo expósito?, ninguno quiere llamarse huérfano, ninguno quiere carecer de madre. Y las amapolas con sus pétalos rojos, y los nidos con su calor vivificante, y las mieles que gotean como nutritivo alimento compuesto de luz, y el ave que sube y la estrella que baja, y los corazones que laten, y los seres que ruegan y que oran, todos consagran a una ideas conscientes ó inconscientes a la Virgen Madre.

Pasemos de la Encarnación a la Visitación. No tenemos para conocer la Visitación otro texto que las palabras de Lucas en los capítulos primeros del Evangelio suyo. Para explicar el evangelista los misterios en que la Encarnación se halla envuelta y todos los prodigios y todos los milagros con copia tal sucedidos, recuerda que ninguna cosa le es a Dios imposible. Así pues, tras la encarnación del Verbo en sus entrañas, fuése a Judea la Virgen muy de prisa. Y llegó, y entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Ésta, embarazada también, según divinos y sobrenaturales decretos, experimentó en sus entrañas una correspondencia con el estado particularísimo de su prima y hermana. En la efusión del espíritu mesiánico, producida por tantas ideas como se habían divulgado por aquella sazón, Isabel sintió tener el Bautista en su vientre, cual sintió María el Redentor. Estos presentimientos y estas intuiciones, a la mujer naturales dado su temperamento nervioso, que le granjea proféticos afectos, acreciéntanse, a no dudarlo, en el particular estado por que pasaban aquellas dos mujeres. El corazón le dijo a la una que llevaba la premisa en la obra redentora; y el corazón a su vez le dijo también a la otra que llevaba su completa perfección y sus últimas inmanentes consecuencias. Y al verse y al abrazarse, chocaron en choque luminoso los mutuos afectos de sus dos corazones, y por aquello mismo que sentía cada cual, tanto de sí como de su afín, comprendieron y expresaron en maravilloso lenguaje el divino y providencial objeto a que se creían llamadas. Debe notarse, para comprender todo lo que la Virgen, su prima Isabel y Zacarías dijeron en esta ocasión suprema, repitiendo las profecías, el carácter por todo extremo republicano de Israel. Los profetas judíos asemejábanse a los antiguos tribunos. Alzados éstos frente a frente de los reyes, alzados aquéllos frente a frente de los conquistadores, opuestos los unos a la monarquía de Judá por su carácter laico, los otros

opuestos al imperio de Nínive y al imperio de Babilonia por sus caracteres de conquistadores y tiránicos, tendiendo siempre a separar Israel de los contactos extranjeros, mientras los reyes tendían a unirlo con el extranjero, las liturgias proféticas, ante todo y sobre todo, aparecen un sistema de republicanismo verdadero, sugiriendo al Evangelio y a los evangelistas todos, en aquella hora de grandísima exaltación política, el espíritu democrático irradiado por sus páginas. Pasmosos destinos de la humana libertad, que deben fortalecernos y consolarnos en los combates por el humano derecho. Cuando las Fulvias picaban rencorosas con su áureo alfiler la fluvente lengua de Cicerón; cuando las Julias convertían Roma, la Roma de los tribunos, en lecho de sus prostituciones cortesanas; cuando morían Catón y Bruto, no encontrando esperanza en sus corazones patriotas ni luz en el cielo infinito; al caer la humanidad esclava y al pudrirse la raíz de toda vida; el ideal femenino, dos mujeres, que llevaban en su conciencia el espíritu de Dios y en sus vientres el Bautista y el Redentor, proclaman la república de las almas, que veremos cumplida y realizada, según sus anuncios y profecías, en cuanto el cristianismo, presentado y profetizado por ellas, entre con fuerza y vigor en las leyes, en las instituciones, en las costumbres.

Y nació Jesús. Los dos evangelistas narradores de la Natividad de Cristo son Mateo y Lucas. El primero la menciona tan sólo al comienzo de su capítulo II diciendo: «Y como naciera Jesús en Belén de Judea, por los días del rey Herodes, he aquí unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén. Y preguntaron: «¿Dónde se halla el rey de los judíos que ha nacido? Su estrella se ha visto en Oriente y nosotros llegamos a reverenciarle.» Al oír esto el rey Herodes, turbóse mucho y con él toda Jerusalén. Convocados a este respecto los príncipes de los sacerdotes, así como los escribas del pueblo, preguntóles dónde había de nacer Jesús. Y le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por el Profeta. Y tú, Belén, de tierra de Judea, no eres pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un guaiador que sostenga y dirija mi pueblo, Israel.» Entonces Herodes, reuniendo en secreto a los magos, sacó de ellos el tiempo en que les apareciera la estrella, y enviándolos a Belén, dijo: «Id allá y preguntad con diligencia por el niño. Y después que lo halléis, avisádmelo, para que yo también vaya y lo adore.» Y ellos, oído el rey, se partieron. Y la estrella, vista en Oriente, los dirigía y guiaba en todo el camino, hasta que, llegados a su término, se posó donde Jesús estaba. Y notada la detención de tal estrella, holgaron con verdadero intensísimo gozo. Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María.» Hasta aquí San Mateo. Veamos a San Lucas ahora: «Y aconteció en aquellos días que saliera edicto, por Augusto César ordenado, mandando empadronar a todos los hombres. Tal empadronamiento se cumplió cuando gobernaba Cireneo la Siria. E iba cada cual a empadronarse por este superior mandato en la respectiva ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto pertenecía, según su estirpe, a la casa y familia de David, para empadronarse con María, su mujer, su desposada, la cual María estaba encinta. Y aconteció que hallándose allí, vinieron aquellos días en los cuales debió parir ella. Y parió a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en el mesón. Y rondaban pastores por la misma tierra, velando de noche sobre su ganado. Y vino del cielo un ángel del Señor sobre todos ellos, y el éter celeste los circundó con su resplandor, y tuvieron gran miedo. Mas díjoles el ángel: «No temáis, porque aquí, ahora, os doy nuevas de mucho regocijo para todo el pueblo. Haos nacido en la ciudad de David hoy un salvador, que es Cristo. Y se os revelará esto por señales. Hallaréis al niño envuelto en pañal y echado en pesebre.» Y súbito fué con el ángel una muchedumbre de los ejércitos celestiales, quienes alababan al Criador y decían: «Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.» Y como los ángeles volvieran al cielo, dijéronse unos a otros los pastores: «Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que nos ha sucedido, manifestado ya por el Señor.» Y hallaron a María y a José con el niño acostado en el pesebre. Y al verle, notificaron lo que les revelaran de él; y todos los que oyeron, maravilláronse de cuanto los pastores decían. Mas María guardábase en su corazón. Y se volvieron los pastores loando y glorificando a Dios, por haber pasado todo como se lo anunciaran a ellos.»

Madrid, 13 de diciembre de 1898.



D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

De aquella generación de granadinos que vinieron pobres y oscuros á Madrid, y luego, á fuerza de talento y de trabajo, fueron célebres todos, creo que no queden en pie más que D. José Fernández Jiménez y D. Manuel del Palacio y el músico Vázquez.

Los demás se llamaban Pedro Antonio de Alarcón, Pérez Cossío... Fueron íntimos amigos y llegaron á la mayor altura en las letras, las artes, la administración pública. D. José de Castro y Serrano se distinguió entre todos por su afable trato y por la amenidad de su conversación. Y cuando aplicó estos dones naturales á la literatura y se decidió á ser publicista, fué en poco tiempo el escritor más leído y el más apreciado de los prosistas de su época, porque unió á la naturalidad, tan difícil y tan rara en los escritores españoles, una corrección en el estilo que le llevó en los últimos años de su vida, con perfecto derecho, á los honores de la Academia.

En aquellos tiempos en que el duque de Montpensier presentó su candidatura al trono de España, se dijo y se creyó, y tal vez no faltaron motivos de creerlo, que el señor duque subvencionaba periódicos para que hicieran su causa. Y que á D. Patricio de la Escosura, que no dirigía periódico alguno, le subvencionaba la conversación.

Esto que parecía broma, pudo bien ser verdad, porque dondequiera que D. Patricio llegaba y hablaba de cualquier cosa, cautivaba de tal modo á su auditorio, que le cumplía admirablemente la calificación de *charmeur* que dan los franceses al que les encanta hablando.

Pues nuestro D. José de Castro y Serrano era de esos. Recopilando lo que dijo en su vida en tertulias y círculos de amigos, hubieran podido hacerse centenares de tomos de una amenidad única.

Nació en Granada en el año de 1829. Le dedicaron á la carrera de médico, y la aprendió tan pronto que fué médico á los diez y ocho años.

Naturalmente, no pudo ejercer su profesión y tuvo que esperar á ser mayor de edad para dedicarse á ser el *salus infirmorum* de una clientela que esperaba sin gran entusiasmo, porque á pesar de los brillantes ejercicios que hizo y de la gloria que logró tan joven de ser médico á la edad en que los muchachos todavía se divierten, su vocación era otra; tenía el culto de las letras.

A Madrid vino cuando aún no tenía veinticinco años, con muchas esperanzas y poco dinero, y se unió á Palacio, Alarcón, Vázquez el músico y otros amigos. Todos estos eran liberales desde los primeros albores de la vida. Castro era conservador. Y mientras Alarcón escribía en *El Látigo* y Palacio servía á la democracia naciente, nuestro escritor entraba en *El Observador* y le ponía la puntería á una covachuela cualquiera.

Fué empleado muy joven, y ya asegurada su vida material con la modesta paga que fué aumentando á medida que el escritor adquiría nombre y con la ayuda de sus buenos amigos, estudió, observó, fué ascendiendo en categoría y pudo dar á la estampa descansadamente y sin prisa su primer libro, que

tuvo gran resonancia, y se titula *Cartas trascendentales*.

En 1861 se publicó este libro, cuando aún duraba el estruendo de las armas y de la guerra de Africa. Vino á reposar el espíritu del lector, acostumbrado hasta entonces á lecturas de libros interminables y puramente imaginativos. Toda una generación se había educado leyendo *Los tres Mosqueteros*, *El Juicio errante*, *El conde de Monte Cristo*, las novelas españolas de Ayguals de Izco...

Alarcón con su *Diario de un testigo*, Fernández y González con sus primeras novelas, fueron cambiando los gustos. Castro y Serrano se apoderó del público con sus *Cartas*, que formaban un tomo de trescientas páginas y eran un libro *ameno*. Tratábanse en él con estilo á la vez familiar y literario las costumbres de entonces, las vanidades de la época, la vida íntima de la clase media... era como la fotografía de los contemporáneos del autor, y el público se lo arrebató, y el funcionario de un ministerio pasó á ser un escritor popular en pocas semanas.

Ya con aquel éxito y adquirida la notoriedad, Castro y Serrano, que soñaba desde muchacho con *ver mundo*, como debieran soñar y realizar todos los escritores jóvenes, pretendió y obtuvo que el gobierno español le enviara á la Exposición de Londres como cronista de aquel inmenso concurso.

Fué la idea excelente, porque nadie contaba mejor las cosas que veía que el escritor de quien vengo hablando; y como cronista de cosas tan interesantes, era único para el caso.

Sus puntos de vista, su espíritu de observación, sus cualidades nativas de hombre de mundo, crecieron y se agrandaron, porque no hay biblioteca ni cátedra mejor que el viaje largo y la renovación de impresiones. «Barcos y vagones, ha dicho un escritor francés, valen tanto como libros y mapas.»

En correspondencias al periódico oficial publicó este libro de la Exposición londinense y luego en un volumen que fué leído con el mismo interés que el de las *Cartas*, aunque era de índole muy diferente; pero en él aprendió muchas cosas el lector que no había salido nunca de su pueblo, porque para ese lector se publican los libros de viajes.

Tal crédito adquirió Castro con esta publicación, que al celebrarse la primera Exposición Universal de París en 1868, el gobierno volvió á enviarle á que fuese cronista del nuevo gran concurso internacional; y un nuevo libro sobre dicha Exposición fué el resultado de su viaje y el fruto de su meditado trabajo.

Surgió la Revolución de Septiembre. A Castro y Serrano le sorprendió de oficial de la secretaría del ministerio de Ultramar. Recuerdo aquella época y la falsa situación de Castro al entrar nosotros en aquel ministerio, todos amigos suyos desde el ministro hasta los auxiliares. El ministro nuevo era Ayala, el subsecretario Romero Robledo, los directores generales Núñez de Arce, Dacarrete, Cisneros; los oficiales León y Castillo, Evaristo Escalera, yo, que admiraba tanto los libros de aquel que encontramos allí como compañero... Pero Castro y Serrano era empleado *moderado*, su plaza la querían muchos, la política no tiene entrañas, y á pesar de que el autor de las *Cartas trascendentales* resistió y no dimitió, creyendo que aquel gobierno de la Revolución le respetaría como tantos otros, fué declarado cesante, y ya no volvió á ser funcionario en su vida.

Mejor para las letras, y mejor para él, que pudo con esta ocasión dar prueba de su talento y sabiduría de los pueblos y de los hombres, publicando lo que se llama en la literatura contemporánea *La novela del Egipto*, precioso libro en el que se describe la inauguración del Canal de Suez y el Egipto de 1868 con la misma exactitud con que pudiera hacerlo cualquiera de los que asistimos á aquel grandioso acontecimiento.

Indudablemente Castro pensó en ir á Suez, en ser nombrado para aquella inauguración como lo había sido para las Exposiciones de Londres y París; acaso tenía ya la promesa del gobierno de González Bravo. Estalló la revolución, el gobierno provisional nombró á sus amigos, fuimos á Egipto Galdo, Montesinos, Abarzuza, Aramburu, el pintor Gisbert, el duque actual de Tetuán y mi modesta persona. Castro, que tenía su orgullo (muy justificado), pensó: «Yo haré desde Madrid el libro que hubiera hecho á orillas del Nilo.» Y lo hizo, y lo dió por el momento sin nombre, hasta que el éxito grande de la obra le decidió á romper el secreto.

Pero ya dentro de las situaciones moderadas, por relaciones de escritor con todos los gobiernos que precedieron al primero de la Revolución, Castro fué el escritor cronista de las Exposiciones Universales; porque también fué nombrado para estudiar la de Viena, y de ella dió cuenta en notables cartas á *La Epoca*.

Ya libre de las tareas del funcionario, siempre enojosas para el hombre de letras, Castro y Serrano fué el escritor predilecto de la aristocracia ilustrada.

Se le veía en todos los salones, comía en todas las casas grandes y amenizaba la conversación como nadie. *Reinaba* como *causeur* sin rival, y sus cuentos, aquellos que inventaba y contaba y no publicaba, eran solicitados en todas partes. Siempre tenía un cuento nuevo; y en la tertulia de doña María de Buschental, de la que era asiduo, y en el palco del teatro Real de aquella señora, hacía las delicias de sus numerosos amigos por la cultura que revelaba y la distinción de sus invenciones.

En el año de 1883 fué elegido Académico de la Española, y en el año de 1895 murió sin haber antes padecido. Fué para él la muerte dulce como la vida, y no dejó enemigos. Deja una reputación de escritor clásico por la forma, modernísimo por sus ideas, siempre ameno, siempre humanitario. Con él desapareció casi por completo la que pudiéramos llamar *generación granadina anterior*, que ha dado mucha gloria á aquella región de poetas y de oradores.

EUSEBIO BLASCO

LA NOCHEBUENA

LA MISA DEL GALLO

(Véanse los dibujos de J. García Ramos)

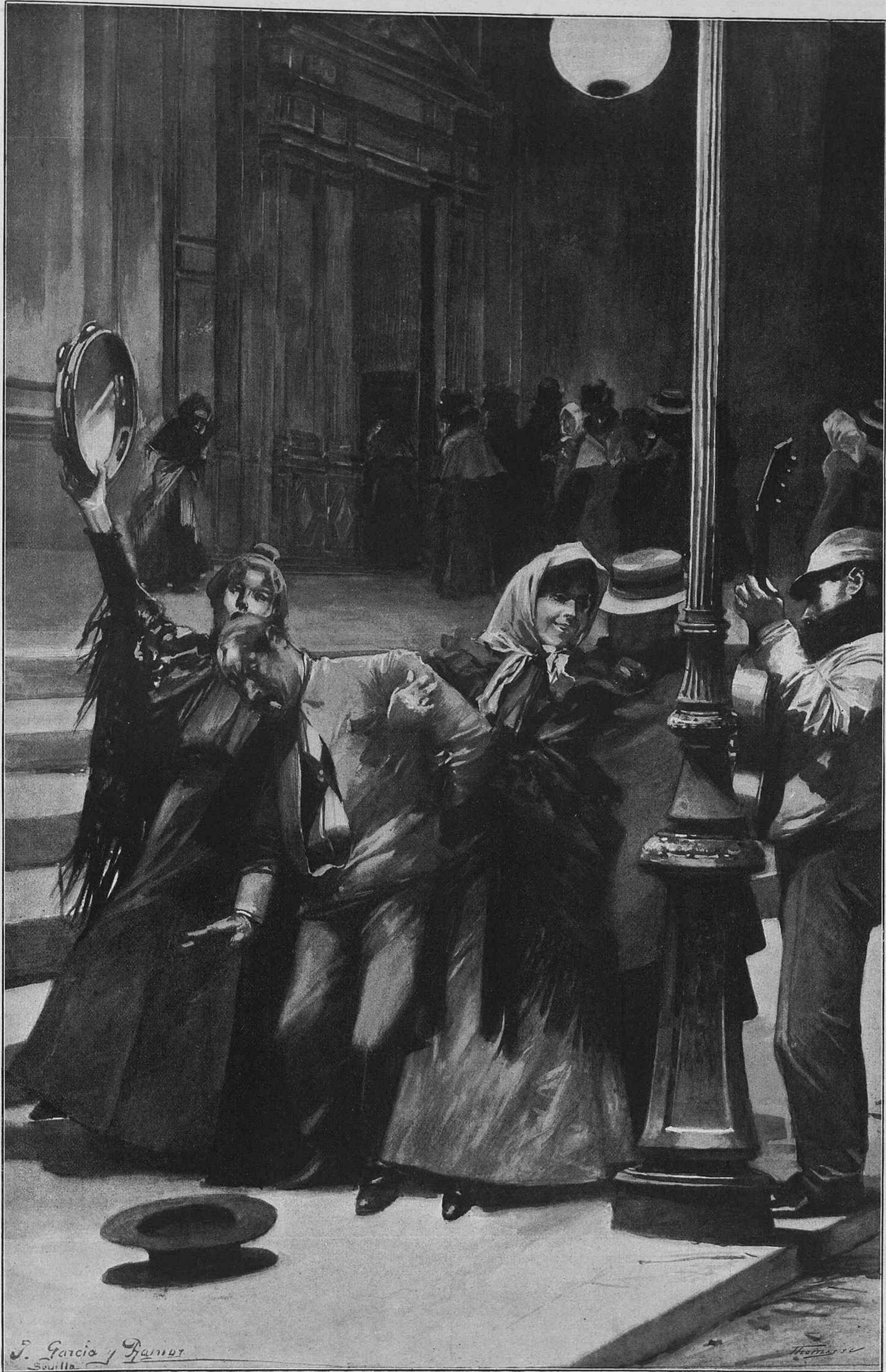
Es la primera página del grandioso poema cristiano, cuya acción comienza en el pesebre de Belén y concluye en la cima abrupta del Calvario.

Visiones incorpóreas con formas angélicas, armonías inefables, torrentes de luz que brotan de lo infinito, sonrisas celestiales dibujadas en los tiernos labios del Niño Dios y en los de su Madre Santísima; cánticos alegres que repiten «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad,» anunciaron al mundo la nueva era de la eterna salvación de las almas.

Pavorosas tinieblas, roncros zumbidos de la tormenta que se pierden en la inmensidad, relámpagos de fuego que momentáneamente iluminan las profundidades de cárdenas y negras nubes, eco débil producido por las palabras de un Hijo moribundo, que desde el afrentoso suplicio clama á su Padre: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?» y momentos después de pronunciar sus temblorosos labios la frase «*Consummatum est*,» inclina su cuerpo y entrega su espíritu. Mientras tanto, torrentes de lágrimas brotaban de los ojos de su Madre abrazada al pie de la cruz, que se estremecía al temblor espantoso de la tierra. Obscurecíase el sol, sumiendo al mundo en profundas tinieblas, y al tiempo mismo que los sepulcros se abren, que los edificios se de-



AYER. - Á LA MISA DEL GALLO, dibujo original de J. García Ramos



HOY. - Á LA MISA DEL GALLO, dibujo original de J. García Ramos

rumban, que los muertos resucitan y que el velo del templo se rasga, las gentes todas, despavoridas y atónitas, repiten con asombro: «Ha muerto el Hijo de Dios.»

La Iglesia conmemora y solemniza la sublime escena del establo de Belén con toda la magnificencia y los esplendores de su liturgia. Vístense los muros del templo con tapicerías y terciopelos; el oro del tabernáculo y las argentadas lámparas y las candelarias de los altares reverberan y deslumbran, y mientras el humo del incienso asciende hasta las claves de las oscuras bóvedas perdidas ya en las penumbras, el órgano lanza torrentes de armonías y mil voces repiten «¡Gloria á Dios en las alturas!..» cuando el sacerdote eleva en sus manos la Hostia sacrosanta, entre el alegre estruendo de las castañuelas y sonajas, de las panderetas y zambombas, acompañando los ingenuos y fervorosos cantos de los villancicos que alaban el nacimiento del Niño.

* *

Y estas escenas tienen lugar lo mismo bajo las grandiosas arcadas de las basílicas y de las catedrales, como en los más humildes santuarios y en las iglesias de los conventos, en las cuales esta sacrosanta fiesta reviste aún más ternura y más poesía que en los suntuosos y magníficos templos.

El corazón de la mujer, más tierno, más delicado, manifiéstase con todo su dulcísimo candor y con toda su pura sencillez en los pormenores con que adornan y embellecen el cuadro del Nacimiento. Sobre el altar aparece el establo, por entre cuyos carcomidos sillares trepan las hiedras y madre selvas: débiles juncos forman la techumbre que cobija el pesebre, henchido de leves pajas. ¡Con qué pulcritud, con qué cariñoso esmero hállanse aquéllas dispuestas! ¡Qué finísimo el cendal festoneado con encajes de oro que sirve de sábana al recién nacido! ¡Qué bellos los grupos de ángeles que con sus alas extendidas y sus flotantes vestiduras parecen revolotear en torno de la pobre cuna! Rubios como las espigas del campo agostadas en el estío son los cabellos del Niño, sus tiernas carnes tienen el leve color de los pétalos de las rosas, graciosos hoyuelos se forman en las extremidades de sus labios, rojos como las cerezas, y con los brancitos extendidos parece que pugna por levantarse de su lecho buscando el dulce calor del regazo de su madre.

No creo que en ninguna parte puedan reunirse más bellas efigies del Niño Dios que las que con afecto entrañable, con ternísima devoción se veneran en los conventos de religiosas de Sevilla; pues así como Murillo nos dejó con sus *Concepciones* el prototipo de la Virgen en aquel sagrado misterio, Martínez Montañés y sus discípulos dejaron en esta tierra los modelos inimitables de sus divinos Niños, que no vacilo en asegurar que son inimitables, que no tienen rivales.

En esas creaciones del genio cristiano revélase un espíritu tan místico, tan sencillo, tan delicado, que sólo puede concebirse cuando se contemplan esas ternísimas obras del insigne artista, que de igual modo interpretaba las más tremendas escenas de la vida de Cristo.

* *

La Nochebuena ha sido siempre, dijo ya un ilustre escritor contemporáneo, la fiesta del hogar, de los viejos y de los niños. Y con efecto, tuvo razón sobradísima al consignarlo así. Lo mismo se celebra en las humildes casas de los cortijos, en las pobres aldeas, que en las grandes ciudades y en los palacios.

En los pueblos nadie falta á la misa del gallo. Las mujeres, rebujadas en sus mantones y cubiertas las cabezas por los pintados pañuelos de seda, vense sentadas en el suelo; los hombres, de pie, con sus largas capas, asisten también, para salir del templo reunidos y encaminarse á las casas donde ha de celebrarse la fiesta.

Alrededor de la lumbre, donde crujen las bellotas que algún maleante ha puesto enteras para que el rescoldo las haga estallar, van tomando sus puestos mujeres y chiquillos, mozos y ancianos; de la cornisa del hogar penden, ya desplumados, los gallos y gallinas que han de servir en la cena. De una parte, allí se ven las espuertas rebosando castañas, peras y

nueces; de otra, las batatas; más allá, el tonelillo que contiene el vino, y encima de la mesa los vasos y botellas del aguardiente, las tortas, los dulces de mazapán y los turronecillos.

Los chiquillos se deleitan con el zumo de la caña dulce que mascan sin tregua, un mozo templea la guitarra, otros empuñan las zambombas, las mujeres las panderetas y palillos, y comienza la fiesta y todos



FLAMMA VESTALIS, cuadro de Eduardo Burne-Jones

cantan acompañando con furioso estrépito á las parejas que bailan *la Tumba*, *la Canasquilla*, que como dice la copla:

es un baile tan disimulado,
que en hincando la rodilla en tierra
todo el mundo se queda elevado.

Y en tanto crece y crece la algazara; ya no se entienden músicos y cantores, las que tocan las panderetas y palillos hácenlo vertiginosamente: las zambombas roncas niéganse á emitir sonidos, porque los tañedores no se acuerdan de humedecerse las manos para que resbalen en los canizos, y el vino se derrama y el aguardiente rebosa en los vasos, y todo es alegría y confusión y ruido que atruena y contento que enloquece.

Todo se olvida, las amarguras y estrecheces, las fatigas de las rudas faenas de todo el año, el espec-

tro de la miseria, el plazo próximo que va á cumplir de las pobres prendas empeñadas, porque

Esta noche es Nochebuena,
Y no quiero trabajar:
Dame la bota, María,
Que me voy á emborrachar.

Así lo cantan y así lo hacen. Cuando los primeros rayos del sol penetran por las puertas y ventanas, todos duermen *la mona* donde les ha cogido, lo mismo sobre el duro suelo que reclinados en las sillas, que con las cabezas descansando sobre las mesas.

* *

No creo que hayan cambiado mucho las costumbres españolas de ayer, comparándolas con las de hoy, en lo tocante al modo de celebrar las fiestas de Nochebuena; porque en el fondo la humanidad ha sido siempre, poco más, poco menos, la misma. Nuestros abuelos, que al toque de Animas cerraban sus casas á piedra y lodo, abríanlas para acudir á la misa del gallo, que no perdonaban, á veces por devoción y á veces más por curiosidad, que se les despertaba al saber que en tal iglesia de monjas cantaban como los ángeles, en tal otra se estrenaba el órgano ó unos villancicos compuestos por cierta ilustre dama, cuyo nombre envolvíase en el misterio.

Cualquiera de estas nimiedades prestábase luego á sabrosos comentarios por muchos días, y eran la comidilla de los murmuradores y curiosos, de aquellos que llamó el poeta «comadres del buen tono.»

Con estas simplezas entreteníanse nuestros abuelos, extraños á las estupendas noticias *sensacionales*, de las que en la galiparla periodística llaman hoy *de información*.

Aparte de estos pormenores, aprovechábanse los galanes antiguos, como los actuales, de las sombras nocturnas para celar á sus damas, para burlar la vigilancia de padres y maridos.

Embozados en sus capas de grana, con sus monumentales monteras, salían de sus casas empuñando sendas linternas, que les libraban de seguras caídas y tropezones en los hoyos y baches de plazas y callejas, y al llegar al porche de la iglesia, hacían alto para entretener, viejos y mozos, la vista y la lengua. Los primeros criticando, y los segundos en acecho de las damas, ora para cambiar sus amorosos billetes, ora entretenidos en requiebros y chicleos.

Han cambiado, sí, los trajes. En vez de los vistosos y pintorescos de antaño, con sus bordados adornos de sedas, lentejuelas y talcos, de sus airosas mantillas sujetas en caladas peñas, de sus chales de China, encontramos hoy las reproducciones de las modas exóticas, que han cambiado las mantillas en estrambóticos sombreretes, y los chales y bordadas faldas en capotes y enaguas de paño liso.

Por lo demás, la misma algazara de panderetas y sonajas, los mismos villancicos y cantos, la misma alegría y los mismos desórdenes, á que solían poner coto las rondas de alcaldes y alguaciles, que daban en la cárcel con los cuerpos de los alborotadores y borrachos.

Ni hemos perdido ni ganado de antaño á hoy en cuanto al aspecto de nuestras poblaciones en la Nochebuena. La tradición antigua permanece viva; las calles se ven henchidas de alegres trasnochadores, todos los años se repiten los escándalos, el vino se derrocha y la sangre corre, sin que pueda ponerse coto á una alegría que lleva consigo tales consecuencias.

Así fué, es y será esta fiesta entre nosotros, porque lo que la sostiene y le da vida no puede fácilmente cambiarse, está en nosotros, es nuestro carácter.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

Flamma Vestalis, cuadro de Eduardo Burne-Jones.—Este notable artista inglés, nacido en 1833 y muerto este año, después de hacer sus primeros estudios en el colegio de Oxford, abrazó la carrera artística en Londres con gran aprovechamiento. Como la mayor parte de los pintores, hizo un viaje á Italia para perfeccionarse en su arte, y allí, enamorado de las obras de los antiguos maestros é inspiándose sobre todo en los asuntos mitológicos, trabajó con alán, adoptando especialmente el estilo prerrafaelista. Varios son los cuadros que le han dado fama, entre ellos los titulados *Lans Veneris*, *Pan y Psiché*, *El espejo de Venus* y *Flamma Vestalis*, reproducido en nuestro grabado, y por algunos de los cuales ha obtenido elevadísimos precios. Las obras de Burne-Jones se distinguen principalmente por la firmeza del dibujo y la armonía del colorido.

Un interior, estudio de Max. Liedermann.— Es Liedermann uno de los pintores alemanes contemporáneos que con más ardor ha adoptado la escuela naturalista, en la que sobresale, pero sin exageraciones ni convencionalismos. Numerosas son sus obras, en su mayoría bellos cuadros de género, que encuentran fácil colocación por la soltura con que están pintados y lo agradable del asunto elegido, y á ellas pertenece el estudio de interior que como muestra de sus aptitudes incluimos en este número.



UN INTERIOR, estudio de Max. Liedermann

Una audiencia especial en el Vaticano: El papa recibiendo una comisión de misioneros é indígenas de Abisinia, dibujo de A. Bianchini.— No hace muchos días, Su Santidad León XIII concedió una audiencia especial á los misioneros é indígenas abisinios que se hallaban accidentalmente en Roma, de paso para visitar la Exposición del Sagrado Corazón en Turín. Entre muchas personas de varios puntos de Africa, figuraban en la recepción treinta eritreos, algunos de ellos niños de ambos sexos, esclavos redimidos, á quienes acompañaban varios sacerdotes y monjes indígenas é iban dirigidos por el P. Vincenzo de Monteleone y las hermanas de Santa Ana de Piacenza. El padre Miguel de Carbonara, prefecto apostólico de Eritrea, fué quien presentó la comisión al papa.

¡Que le cogel, dibujo original de Mariano Benlliure.— Justas y merecidas resultarán siempre las alabanzas que se tributen á Mariano Benlliure, porque sea cual fuere la obra que ejecute, manifiéstase su temperamento de artista y lo excepcional de sus aptitudes. Diversos son los géneros que cultiva, mas en todos da muestra inequívoca de su valía, lo mismo en la producción de una obra que comprenda al gran arte, como en los primorosos modelos que por la riqueza del metal en que se ejecutan recuerdan las magistrales piezas del Renacimiento. La facilidad con que Benlliure crea y modela débese tanto como á sus ingénitas aptitudes, á su ilustración y constante estudio. El excelente escultor valenciano preocupase siempre del carácter que ha de tener la producción que se propone ejecutar. De ahí la impresión que sus creaciones producen, ya se trate de la hermosa estatua de Diego López de Haro, señor de Vizcaya, ó de la bondadosa figura de Trueba.

A la galantería de nuestro distinguido amigo debemos la ocasión de poder dar á conocer uno de sus dibujos, pues Benlliure dibuja con el lápiz con igual facilidad y galanura con que maneja los palillos.

Ayer. Hoy.— A la misa del gallo, dibujos originales de J. García Ramos. — A las indiscutibles cualidades que reúne García Ramos como dibujante y coloris-

ta, justo es asignarle el mérito de haber dado á conocer su país en una forma bella, original y característica, exenta de falsedades y amaneramientos. Para lograr su objeto ha revivido la Andalucía de la época de nuestros abuelos y buscado en la sociedad que le rodea los hombres más apuestos, las mujeres más graciosas y los rincones más típicos de la ciudad en que vive. Empresa ardua y simpática es la que acometió hace años, que sólo podía llevarla á cabo el distinguido artista sevillano,

lencianas, á esos bellos tipos que expresan la delizadeza y la arrogancia de los moriscos y esa espléndida y exuberante vegetación que convierte en continuado jardín la tierra valenciana, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y con el encanto de sus mujeres.

«En el Real de la feria» es un hermoso cuadro de costumbres valencianas, desarrollado periódicamente en las riberas del Turia, y en «Manolas y toreros» ha tratado de representar el artista una escena de los comienzos de nuestro siglo, llena de animación y vida. En uno y otro lienzo descúbrense la experta mano del pintor, que por medio de la delicada combinación de tonos y la elegancia del dibujo embellece cuanto produce.

Malas noticias, dibujo original de José de Pando.— Impresionado por los dolorosos acontecimientos que nos han afligido recientemente y cuyas consecuencias lamentamos, concibió el discreto pintor sevillano José de Pando el hermoso dibujo que reproducimos, hondamente sentido y gallardamente ejecutado. El propósito del artista ha sido el sintetizar en el grupo formado por las dos mujeres la situación de las numerosas familias que durante la malhadada guerra han trocado la tranquila paz del hogar por la cruel incertidumbre ó la angustiosa realidad: la madre ó la esposa que han perdido, allá, lejos, en la impenetrable manigua ó en el rincón de un hospital, al hijo ó al esposo, encanto de su vida ó apoyo de su vejez.

El Sr. Pando, para lograr su objeto, no ha recurrido á efectismos. El asunto ha sido desarrollado con plausible simplicidad y la composición se halla impregnada, digámoslo así, de un sentimiento que impresiona é interesa, expresando la grandeza del pensamiento y el intenso dolor que á la patria aflige.

alentado por el cariño que profesa á la tierra que le vió nacer y robustecido por sus excepcionales aptitudes artísticas y su espíritu observador.

Los dos notables dibujos que reproducimos en estas páginas, inspirados en una de las costumbres más características de nuestra patria, ofrecen un contraste que entraña una ática censura. En la composición que evoca el recuerdo de ayer, vese á los concurrentes á la misa llamada del gallo encaminarse al templo impulsados por otro sentimiento y diversos propósitos que los del grupo que se destaca en el que representa el período en que vivimos.

Manolas y toreros.— En el Real de la feria, cuadros de Joaquín Agrasot (Salón Robira). — Artista de corazón y amante de su patria, ofrece Agrasot al arte y al país que le vió nacer las mejores galas de su ingenio y de su rara habilidad y maestría. Nadie como él ha logrado dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres va-

Fantasia del Quijote, cuadro de Julio Borrell (Salón Robira). — Dice el ilustre Cervantes en el cap. XXI de su inimitable obra: «Salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recibir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, etc.» Tal es el asunto que ha servido al joven pintor Julio Borrell para su bonita composición, que ha desarrollado discreta y acertadamente. Difícil empresa es la acometida, mas el artista la ha llevado en una forma agradable, ajustada al texto y sin acentuar el tipo ni incurrir en exageraciones. Esto por lo que respecta á la composición, puesto que pictóricamente considerada resulta muy recomendable, así por el dibujo como por el colorido, demostrando las cualidades del Sr. Borrell, sus nobles alientos y la escuela á que pertenece.



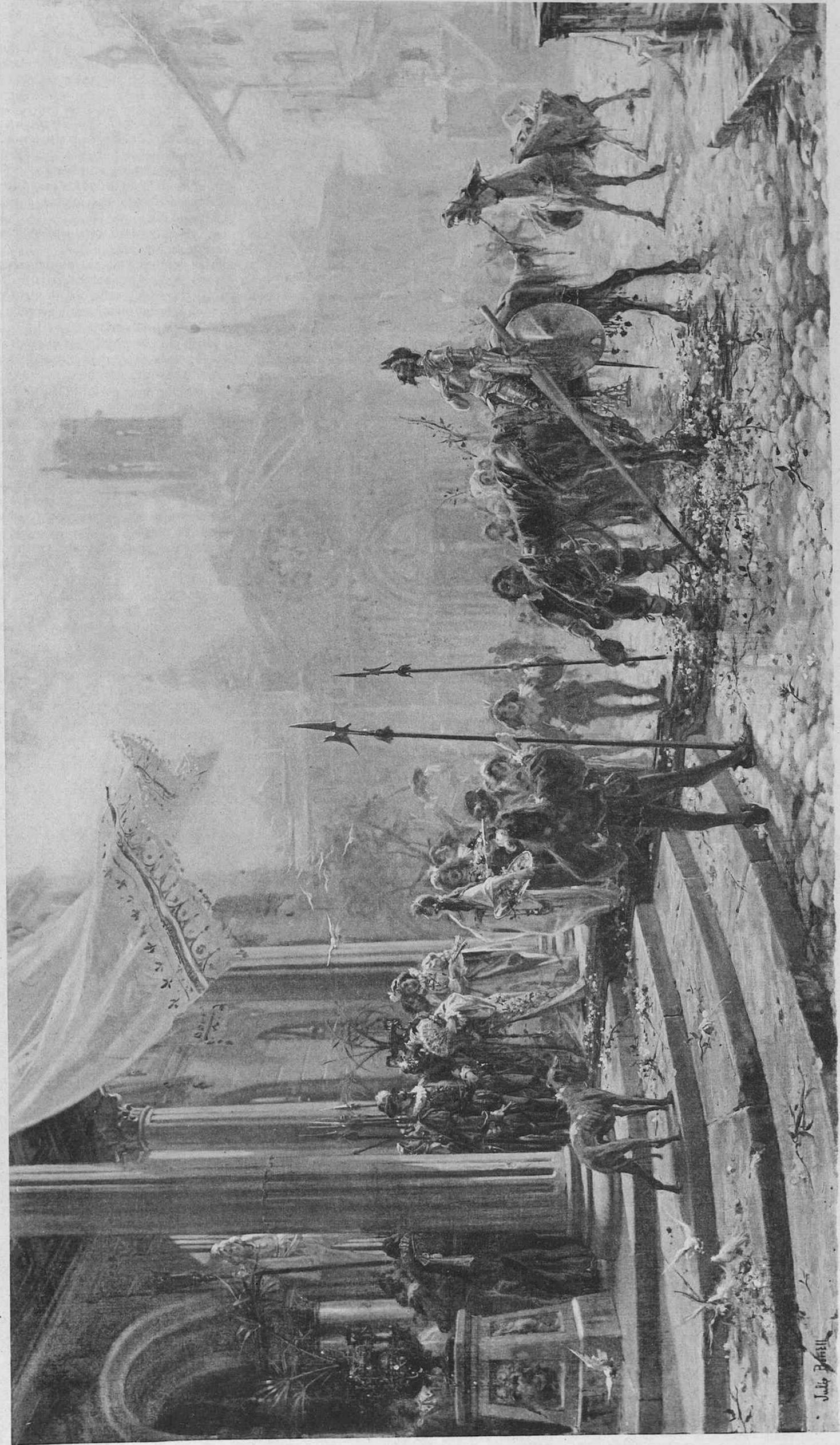
UNA AUDIENCIA ESPECIAL EN EL VATICANO. — EL PAPA RECIBIENDO UNA COMISIÓN DE MISIONEROS É INDÍGENAS ABISINIOS, dibujo de A. Bianchini



Manolas y toreros, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón Robira)



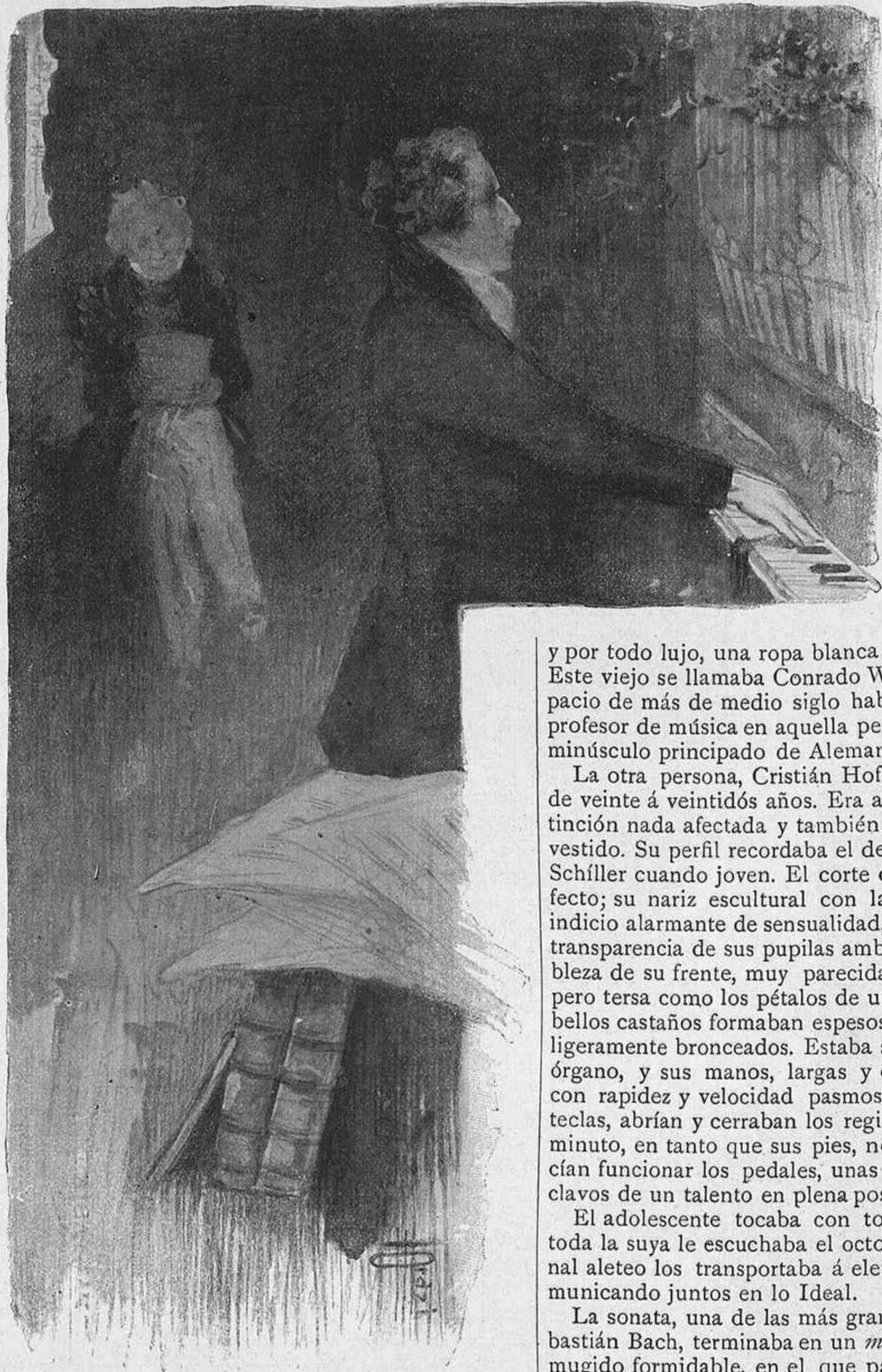
Malas noticias, dibujo original de José de Pando



FANTASÍA DEL QUIJOTE, cuadro de Julio Borrell (Salón Robira)

MISSA SOLEMNIS

POR ADOLFO RIBAU. - ILUSTRACIONES DE MANUEL ORAZZI



El adolescente tocaba con toda su alma..

MISSA SOLEMNIS

La obscuridad invadía poco á poco la catedral gótica - obra maestra de un arquitecto desconocido, - en la que gran número de detalles de gracia y delicadeza extraordinarias se fundían en la austeridad de un conjunto imponente. En los vívidos reflejos de los grandes ventanales, donde Jesucristo, la Virgen y los santos se destacaban entre simbólicas azucenas; en el oro, escarlata, rubíes y crisólitos con que brillaba, sobre el pórtico principal, el magnífico rosetón empotrado en el frontis de los grandes órganos, se adivinaba la puesta del sol, á la que iba á seguir un rápido crepúsculo. Ya toda la parte inferior de un lado del templo quedaba sumida en la sombra, y la obscuridad subía, se difundía con cierta humedad sepulcral, en la inmensa nave filigranada de piedra.

En la galería del órgano había dos personas.

La una, sentada en un escabel, en un rincón, apoyada de espaldas contra el calado balaustre, era un anciano enjuto de carnes y cascado. Innumerables arrugas surcaban su rostro, que habría parecido feo, á no ser por el simpático candor de sus ojos, ojos de niño que desconocen las fealdades de la vida, ó de verdadero poeta que no ha visto otra cosa sino ensueños, y á no ser además por la majestad de su

y por todo lujo, una ropa blanca sumamente limpia. Este viejo se llamaba Conrado Waldmann, y por espacio de más de medio siglo había sido organista y profesor de música en aquella pequeña capital de un minúsculo principado de Alemania.

La otra persona, Cristián Hofer, tenía al parecer de veinte á veintidós años. Era alto, esbelto, de distinción nada afectada y también iba modestamente vestido. Su perfil recordaba el de ciertos retratos de Schiller cuando joven. El corte de su boca era perfecto; su nariz escultural con las alas palpitantes, indicio alarmante de sensualidad, neutralizada por la transparencia de sus pupilas ambarinas, y por la nobleza de su frente, muy parecida á la del anciano, pero tersa como los pétalos de una camelia. Sus cabellos castaños formaban espesos bucles, de reflejos ligeramente bronceados. Estaba sentado delante del órgano, y sus manos, largas y delgadas, recorrían con rapidez y velocidad pasmosas las amarillentas teclas, abrían y cerraban los registros sin perder un minuto, en tanto que sus pies, no menos ágiles, hacían funcionar los pedales, unas y otros dóciles esclavos de un talento en plena posesión de sí mismo.

El adolescente tocaba con toda su alma, y con toda la suya le escuchaba el octogenario. Un fraternal aleteo los transportaba á elevadas regiones, comunicando juntos en lo Ideal.

La sonata, una de las más grandiosas de Juan Sebastián Bach, terminaba en un *maestoso* solemne, un mugido formidable, en el que parecían resonar las trompetas del juicio final. Luego el huracán cesaba bruscamente, desaparecía, al mismo tiempo que en las ventanas ojivales comenzaban á palidecer las flores del jardín místico.

- ¿Qué tal? ¿Está usted contento, maestro?

Al decir esto, Cristián se volvía ansioso hacia su juez.

Éste dejó pasar un rato antes de contestar, y luego, recalando las palabras para dar á cada una su valor, dijo:

- Estoy más que contento, muchacho. No tienes ya nada que aprender en lo que concierne á la profesión. Tu interpretación es excelente: no has desperdiciado los dos años de Conservatorio, y veo que aun bajo la dirección de las celebridades de Leipzig te has acordado de los consejos de este pobre viejo. Eres más que un músico, un artista, y puedo confiarle sin temor este venerable y querido órgano. Ámale como yo le he amado y jamás le pongas sino al servicio de inspiraciones elevadas. Me han contado que en muchas iglesias de España y de Italia ciertos organistas que no merecen este nombre tocan piezas de ópera y hasta bailes. ¡Profanación, vergonzosa profanación! El órgano es el rey de los instrumentos. Hacerle desempeñar ese papel es lo mismo que utilizar en una orgía los vasos sagrados del altar. El órgano es también sagrado; es el eco de la voz de Dios. Por eso no se le debe tocar sino con respeto y hasta con temblor. Éste está como yo, muy cansado y caduco; pero es un fiel servidor, digno de que se le honre. Te lo cedo con toda confianza, hijo

frente, muy ancha y despejada, en la que se revelaba la costumbre de engendrar elevados pensamientos, frente marcada con el sello del genio y rodeada de una magnífica cabellera enteramente blanca, blanca como la nieve, que caía sobre la nuca en mechones sedosos. Su atavío era muy sencillo, casi pobre; un traje de paño recio, de color de castaña, pasado de moda, y zapatos gruesos: ninguna alhaja,

mío. Al conversar con él, piensa alguna vez en tu primer maestro. Sobre todo acuérdate de que, al pasar casualmente por esta ciudad y al visitar la catedral - así lo atestiguan los archivos - nuestro modelo, el modelo de todos los organistas, Juan Sebastián Bach, ha tocado esa misma sonata que acabas de hacerme oír.

- Lo recordaré, contestó el joven con acento de profunda piedad.

La sombra y el frío aumentaban. Cristián dió el brazo al anciano; ambos bajaron la estrecha escalera de caracol y salieron al atrio, del mismo estilo que la iglesia, inestimable estuche en el que cada fachada era una perla fina.

El cielo presentaba en el cenit un color de esmeralda; en la zona media era de amatista, y carmesí en el horizonte porque el sol iba á desaparecer.

- ¡Qué hermosa tarde!, dijo Waldmann. ¿Quieres que paseemos un poco?

Entre los efluvios de las últimas rosas, salieron á los arrabales y luego al campo. En los jardines, los árboles de rojizas hojas presentaban el aspecto de cardenales reunidos para un conclave. Algunas vacas de manchada piel pacían el corto césped, salpicado de escabiosas, de cólchicos y de parnasias. El ambiente estaba impregnado de ese encanto nostálgico del otoño.

Pasito á paso caminaban el maestro y el discípulo, entre vides recién vendimiadas, lúpulos medio marchitos, y á trechos rústicos huertos por los que asomaban planteles de dalias y capuchinas.

- Nuestro órgano es como yo, decía Waldmann, cansado y caduco: necesita importantes composturas. ¡Oh! No faltará dinero; el consejo de burgueses en su sesión de ayer ha votado 10.000 francos y la princesa ha añadido una cantidad regular, sacada de su bolsillo particular. Ya sabes que está ajustado el arreglo con Nisch, el célebre organero de Nuremberg: ha firmado un contrato con el burgomaestre y llegará dentro de poco, trayendo material y personal. Nisch cree que necesitará seis semanas ó dos meses para dejar bien terminado su trabajo. A mediados de diciembre, ó quizás antes, podrás estrenarte. Mi tarea ha concluído; la tuya empieza: ¡ánimo, Cristián!

El sol parecía retardar su curso: el paisaje estaba bañado de vivo esplendor, y el olor de las rosas era más penetrante.

- ¡Qué hermosa tarde para dar el adiós á la vida activa y comenzar el aprendizaje de la muerte!, añadió Waldmann. Observa qué suavidad y cuánta paz. La naturaleza, que va á vestirse de luto en invierno, nada echa de menos, habiendo cumplido su misión y sabiendo que volverá la primavera. ¡Ojalá me sea dado seguir su ejemplo y dormirme con confianza, en la esperanza de una eterna primavera!

Y prosiguió con voz extraña, en la que parecía vibrar algo del misterioso *más allá*:

- Puesto que amas al arte sinceramente, él será tu égida contra todos los sinsabores de la existencia. Por grandes que sean las decepciones, los sufrimientos que te abrumen, él te consolará. En él, solamente en él, tendrás las primicias de lo infinito, un presentimiento de lo divino. ¡Qué hermosa tarde, Cristián, qué hermosa tarde! Mira esa nubecilla encarnada. ¿No parece la barca de un ensueño que va á llevarnos á un mundo perfecto, donde no será menester dar lecciones para vivir, ni nos preocupará otra cosa sino tocar órganos sublimes, á no ser que nos arrodillemos para oír á Palestrina, Bach, Hændel ó Mozart?

En tanto el sol se había ocultado y apareció la primera estrella. En la torre de la catedral resonó un poético repique de campanas.

- ¡La oración!, dijo Conrado, descubriendo devotamente su admirable cabeza nevada. Volvamos á casa, hijo mío, que Odila estará con cuidado.

Regresaron á la ciudad, y un cuarto de hora después llegaban á la morada del anciano, casita que ocultaba su vetustez entre tupidas parras.

Odila, la criada de Conrado, casi tan vieja como él, pero lista todavía, estaba á la ventana, mirando á todas partes visiblemente alarmada.

- ¡Aquí estoy, Odila, aquí estoy! He querido echar un trago de aire antes de encerrarme en mi celda. Tranquilízate, que no me he resfriado.

Y alargando las manos á Cristián le dijo:

- Vendrás á verme, ¿verdad? Vendrás pronto, y de nuevo te repito que tengas ánimo.

A causa de la muerte del organista de la pequeña ciudad, ocurrida cincuenta años antes, se anunció un concurso para reemplazarle. Se publicaron las condiciones hasta tan lejos como fué posible; cada uno de los candidatos debía tocar dos veces, una pieza clásica y una improvisación sobre un tema dado. En la fecha prefijada, se presentaron cuatro aspirantes. Tres de ellos eran de edad madura é iban provistos de importantes recomendaciones. El otro era un joven á quien nadie conocía. Hubiera parecido natural que se retirara, pues no se le consideraba con aptitud para entrar en liza, y hasta hubo quien se permitiera hacérselo entender así; en fin, como se obstinara, se le asignó el último turno, por descargo de conciencia, pero no sin que se censurara su singular pretensión de atreverse á luchar con organistas de talento y de experiencia. Éstos, muy seguros de sí mismos, habían ejecutado las piezas escogidas. Difícil sería elegir entre ellos, porque casi competían en mérito.

En el coro, en medio de un grupo lleno de animación, los jueces discutían; eran diez individuos del Consejo de ciudadanos. Apenas se había echado de ver que el extranjero acababa de sentarse al órgano; pero de repente, los jueces dejaron de hablar y miráronse estupefactos. El joven tocaba un fragmento de Hændel con incomparable maestría, con tecnicismo tan acabado y expresión á la vez tan sencilla y penetrante, que los oyentes no podían menos de sentirse conmovidos. Los jueces quedaron con la boca abierta, y el aire desdeñoso de los tres opositores convirtiéndose en una especie de asombro cómico. Terminado el fragmento de Hændel, el desconocido fué considerado ya como un personaje; los temas sobre los cuales se debía improvisar se habían sacado por suerte, y al joven le tocó un *lied* popular, muy antiguo, de la más tierna melancolía. Lo que bordó en esta composición era admirable — era todo un poema tan claro y de tal intensidad, que llevó á su colmo la sorpresa del Jurado, desvaneciendo las esperanzas de los tres opositores. — Durante media hora, su fantasía se desarrolló infinitamente variada, siempre en el más elevado estilo; y cuando el joven bajó de la galería, sus rivales se habían eclipsado. Se le cumplimentó, le estrecharon las manos, y fué elegido por unanimidad, sin que se pensase siquiera en preguntarle dónde había hecho sus estudios, ni si poseía algún diploma: bastaba haberle oído, y solamente dijo su nombre y el lugar de su nacimiento — un rincón perdido de la Pomerania, — añadiendo que estaba solo en el mundo.

Aquel mismo día había alquilado una casita en una callejuela retirada, y en ella se instaló brevemente, con su baliya y algunos muebles comprados de lance. Durante treinta años había vivido sin criado; á mediodía le llevaban su desayuno de la hostería más próxima, y después no se alimentaba más que de pan y leche.

La diferencia era grande entre la árida y triste Pomerania y aquel gracioso país



— ¡Ah, querido muchacho, al fin estás aquí!



... y algunas parecían estampas iluminadas de un misal

de aguas corrientes, de fértiles campiñas y de sombríos bosques. Conrado Waldmann se había encariñado desde luego con él, y al cabo de seis meses de permanencia, le amaba como el hijo ama á su madre, así por sus encantos naturales, como por lo que los libros le enseñaban acerca de su historia.

¡Había tenido su período brillante y su pequeño principado! En el tiempo feliz de los *minnesinger* se vivía allí en medio de las fiestas; á los torneos seguíanse las justas poéticas, y después un concurso entre pintores y joyeros. Corte, nobleza y clase media rivalizaban en buen gusto para las artes, y los artistas lo sabían tan bien, que llegaban de todos los puntos de Alemania, de Flandes y hasta de Italia. Todos eran recibidos con honores, veíanse acosados de pedidos, y en cambio de aquella inteligente protección, de aquella hospitalidad generosa, afanábanse para dotar á la ciudad de obras acabadas; éste regalaba una escultura en madera; aquél una lámpara de iglesia de plata relevada, y otros un poema, un lienzo ó un magnífico fragmento de arquitectura. Los siglos transcurrieron; el estruendo de los cañones reemplazó á los alegres cantos; el principado hubo de conocer días de prueba; sufrió bajo el yugo de conquistadores bárbaros, y vió á sus legítimos dueños marchar al destierro ó reducidos á la condición de simples vasallos. Sin embargo, debían volver después de encarnizadas luchas; pero con otros tiempos, con otras costumbres; y el alegre pasado no resucitó. Ahora la pequeña ciudad estaba en calma, como adormecida alrededor de su precioso palacio á orillas del río esmeraldino. Los que buscaban ante todo movimiento y diversiones decían que era triste y enojosa; pero los que amaban la quietud, una rica naturaleza, fertilidad y el prestigio de los recuerdos, deteníanse con la mejor voluntad y volvían después. Los *guías* hacían mención de su pequeño museo, de dos de sus fuentes, notables por sus estatuas de San Miguel y San Jorge, y sobre todo del retablo de su catedral.

En el cuadro agreste de sus suaves colinas, bajo un cielo relativamente benigno, la pequeña ciudad se asemejaba á las que representan los antiguos grabados. Sobre sus fachadas veíanse ingenuas inscripciones, figuras de escudos, de florones y arabescos, y algunas parecían estampas iluminadas de un misal. Una infinidad de tejadillos, de torrecillas y de campanarios formaban la más extraña silueta; y en las ventanas, con vidrios redondos ó cortados en losangas sujetos con plomo, arrollábanse los guisantes de olor, ó se alineaban tiestos de claveles y de romero, que por la mañana regaban las alegres jóvenes. Un poco de la animación era debida

á los estudiantes de la universidad - apenas doscientos ó trescientos, que en días y horas dados dejaban oír en las estrechas calles las alegres notas del *gaudeamus igitur*; pero de ordinario, la ciudad dormitaba y soñaba.

Como la plaza de organista estaba mal retribuída, Conrado Waldmann, no teniendo un cuarto, debió comenzar á buscar lecciones; no le habían faltado nunca; pero tampoco esto había producido mucho, y su posición material siguió siendo mediana. Por otra parte, tenía pocas necesidades, huía de la sociedad, y sus únicas distracciones se reducían á pasear por campos y bosques. «¡Un original que rechaza cuantas ventajas le ofrecen, y cuya rudeza no se conseguirá vencer!» Como esta opinión llegó á ser general, se dejó á Waldmann en la soledad que parecía querer ante todo; pero le apreciaban mucho por su raro talento, que el estudio desarrollaba de año en año, y por la absoluta moralidad de sus costumbres, en las que inútilmente hubiera tratado de morder la calumnia.

Sin embargo, en aquella vida de apariencias tan pacífica y uniforme, algunos aseguraban, con palabras embozadas y sin poder aducir la menor prueba, que había una novela, un idilio virginal de trágico desenlace. Esto se remontaba á lejana fecha: Conrado Waldmann daba lecciones á la hija única del príncipe reinante, fresca como una rama de lilas blancas, con la gracia y el encanto místico de una santa de Hemling y que cantaba con magnífica voz. Conrado, según decían, se enamoró de ella perdidamente, y ella no desdeñó su pasión. Los habían visto pasearse en los jardines del palacio, jardines á la francesa, copia reducida de los de Versalles, plantados de tejos y de bojés tallados, con muchos estanques y estatuas mitológicas. Estos paseos fueron los que les descubrieron; y tal era el brillo en los ojos de ambos, que no era posible equivocarse. Después se supo de improviso que los médicos aconsejaban un viaje al Mediodía á la princesa Elsa, bajo el pretexto de que estaba enferma; y cierto día se vió salir una gran berlina blasonada, detrás de cuyos vidrios, según decía la gente, habíase visto el delicioso rostro bañado en lágrimas. Iba acompañada de la princesa viuda, y su ausencia duró tres años, al cabo de los cuales se anunció el matrimonio de Elsa con un primo suyo; casamiento que sellaba una reconciliación entre la rama primogénita y la rama menor de la familia, asegurando la sucesión al trono. Pero diez y ocho meses después, la bandera izada con carácter permanente en la torre principal del palacio apareció un día recogida y arrollada en la extremidad del asta: la santita de Hemling había emprendido un nuevo viaje hacia un país donde la razón de Estado no contraría los impulsos del corazón. Dejaba tras sí una hijita en la cuna, que sería heredera del principado, porque el príncipe reinante no tenía más hijos, ni estaba en edad de casarse de nuevo.

Desde entonces, sobre todo, Conrado Waldmann comenzó á estar taciturno; no salía más que para dar sus lecciones y cumplir sus deberes de organista; y tan sólo á largos intervalos daba uno de esos paseos en que jamás propuso á nadie que le acompañara. Tampoco se le escapó nunca la menor palabra que pudiese dar pábulo á los chismes de la ciudad; y si verdaderamente había amado á la princesa Elsa, este secreto se conservaba bien guardado como una reliquia en el fondo de un santuario inviolable. Con los años, la princesita había crecido, y para que aprendiese música se llamó á un maestro de fuera, lo cual dió lugar á que la gente creyera fundadas sus suposiciones. Después, transcurriendo más años aún, no se pensó ya en el asunto; y por otra parte, el padre y el marido de Elsa habían muerto y su hija ocupaba el trono.

Conrado pasaba invariablemente la noche en su casa, ocupado en leer y en meditar, ó trazando puntos negros en un cuaderno de música. Su consuelo eran aquellas en que, con las ventanas y postigos cerrados, podía entregarse á la inspiración, y recoger las cosas divinas que murmuraba á su oído. ¡Qué deliciosa perturbación, qué bienaventurada fiebre, qué desfallecimientos también algunas veces en aquella lucha semejante á la de Jacob con el arcángel! Pero hasta esto era alegría; sus sienas latían como si fueran á romperse; la sangre circulaba por sus venas como ardiente lava, y sustrafase victorioso de la realidad. Así había compuesto Conrado muchas cosas: varios *lieder*, sonatas, sinfonías y toda una serie de piezas para órgano. Dos ó tres tímidas proposiciones á los editores le hicieron comprender que, simple organista y maestro de música en una pequeña ciudad, no tenía ninguna probabilidad de éxito. Con protecciones, intrigas y vulgaridades, tal vez; mas su solo mérito... ¡qué locura! Conrado era orgulloso: cuando uno es rico, la altivez, á los ojos del mundo,

se llama dignidad y conviértese en virtud; si uno es pobre, se llama jactancia, y se considera como el peor defecto. Conrado hizo lo que Juan Sebastián Bach; guardó sus manuscritos en el fondo de un armario; no dejó de seguir componiendo por eso; pero debía renunciar á la gloria para siempre. Su gran obra era una *Missa Solemnis* para la pascua de Navidad, una misa para orquesta, coro y solo, con una partitura muy extensa de órgano. Había consagrado veinte años á este trabajo, jamás satisfecho de sí mismo, sobrecogido con frecuencia de una espantosa desesperación, y algunas veces á punto de arrojar su composición al fuego; y había sufrido todo el martirio de un alma sincera cuando compara su sueño con la realización que pueda resultar. Sin embargo, en medio de estas luchas interiores, que en algunas ocasiones inundaban la frente del organista de un sudor de angustia, y que él no hubiera cambiado por ninguna voluptuosidad, la misa quedó terminada. Cierta noche reconoció que toda su ciencia y todas sus convicciones se condensaban en aquella composición; con mano temblorosa escribió la palabra *fin* al pie de la última hoja; y el enorme paquete de papel rayado fué á reunirse con las obras precedentes en el fondo del armario - tumbá donde dormía hacía veinticuatro años.

Además del autor, solamente dos seres tenían conocimiento de esto: en primer lugar *Mefisto*, el gato de Conrado, un gatazo negro como el Erebo, que el músico había recogido en la calle hambriento y sarnoso, y que bien cuidado, llegó á ser un animal magnífico de pelaje lustroso y suave como el terciopelo. Cuando Waldmann trabajaba, *Mefisto* tenía costumbre de colocarse sobre la mesa, enfrente de su amo, y había sido el primero en oír, ensayados por la voz del músico, los motivos de la *Missa Solemnis*. El otro privilegiado, más capaz de disfrutar de esto, era Cristián Hofer, discípulo favorito del maestro: Cristián, muchacho de la ciudad, era hijo de un humilde herrero; y una vez que el organista - que por extremado escrúpulo se ejercitaba diariamente - estuvo tocando durante una hora en la iglesia desierta, vió al muchacho al pie de la tribuna sollozando angustiosamente.

- ¿Qué haces ahí, pequeño, y qué tienes?, le preguntó.

A fuerza de insistir, Conrado supo que Cristián adoraba la música, y que hacía meses que se agazapaba detrás de él siempre que iba á la catedral. Acto continuo, Conrado se hizo conducir á casa del herrero, ofreciéndole lecciones gratuitas para su hijo, que fueron aceptadas por las súplicas del muchacho, loco de alegría; estas lecciones habían durado ocho años, y Conrado Waldmann, encontrando de nuevo en Cristián todas sus ilusiones de otro tiempo, todos sus entusiasmos y todo su culto al arte, unidos á una continua aplicación, creyó volver á su juventud. Durante ocho años le había prodigado sus atenciones, inculcándole el culto de los maestros, guiándole paso á paso, con la solicitud de un padre y el desinterés de los nobles corazones, por el sendero del arte, hacia las más elevadas cimas. El muchacho tenía notable disposición; apasionábale el estudio, y complaciale absorberse en las terribles álgebras del contrapunto, en las que Conrado le estrechaba desapiadadamente. Por lo demás, el muchacho era un hombrecito cariñoso y agradecido, y Conrado se decía algunas veces: «¡Si yo tuviera un hijo, he aquí como le querría!» El herrero no dejaba de estar un poco inquieto, y preguntábase «adónde conduciría todo aquello á Cristián,» á quien hubiera preferido ver dedicado á su oficio. Waldmann le tranquilizaba, prometiéndole que «su estudio le conduciría á alguna cosa;» y lo demostró bien cuando Cristián cumplió los diez y nueve años, obteniendo para sí del Consejo de ciudadanos una beca de viaje que le permitía ir á completar su educación musical á un buen conservatorio.

Conrado Waldmann, siempre modesto, había hablado rara vez á Cristián sobre sus composiciones. A largos intervalos tocó delante de él un fragmento de sonata, un motete, ó un *andante cantabile*, cada uno de los cuales acrecentó la admiración ardiente del discípulo hacia su profesor. Solamente el día en que Cristián regresó de Leipzig con un primer premio de órgano y otro de armonía, y mientras apuraba con su maestro, en celebración del triunfo, una botella de johannisberg regalada á Conrado hacía largo tiempo y de la cual no se acordaba ya éste, el maestro no pudo resistir al deseo de sacar del famoso armario el manuscrito de la *Missa Solemnis*, y después, llevándose á Cristián á la catedral, hacérsela oír desde el principio hasta el fin. El joven quedó deslumbrado ante aquella obra ignorada, brillante de soberanas bellezas; no había encontrado nada que decir, nada absolutamente; pero esta impotencia

para expresar la menor alabanza, era el mejor elogio. Pasaron toda la noche en la habitación de Conrado, Cristián sin cansarse de leer y releer la partitura, y descubriendo sin cesar nuevos tesoros. Mas ¡ay!, su larga permanencia en el armario húmedo había enmohecido terriblemente el papel; en algunos sitios la tinta era casi imperceptible y los ratones habían roído varias hojas, aunque por fortuna solamente los bordes. Cristián, aterrado ante la idea de que aquellas pequeñas causas pudieran consumir su trabajo destructor en pocos años, rehusó marcharse sin que su maestro le permitiera llevar consigo el manuscrito para sacar una nueva copia en pergamino indestructible y con tinta de China. El anciano acabó por consentir, aunque diciendo: «¿De qué sirve eso?» Al cabo de un mes, Cristián le presentaba la copia, también obra maestra en su género; Waldmann admiró la elasticidad y solidez de la vitela, así como el piadoso escrúpulo del trabajo; volvió á guardar la *Missa solemnís* en su panteón funerario, y volviendo después hacia el joven le dijo:

- Hablemos de ti. Estoy cansado y necesito reposo; mañana presentaré mi dimisión, y es preciso que tú me reemplaces. No es posición brillante, y en ella no veo para ti más que la primera etapa, hasta que se presente otra cosa mejor. ¿Estamos de acuerdo?

- ¡Oh, maestro!, ¿cómo devolveros jamás la milésima parte de lo que por mí habéis hecho?

- En cuanto al corazón, sigue siendo lo que hasta ahora fuiste; por lo que hace al arte, continúa estudiando para engrandecerte: he aquí lo que deseo como recompensa. Mañana enviaré mi dimisión, Cristián, ó más bien la llevaré yo mismo al Consejo de ciudadanos, que celebra sesión á las cinco. Me tienen por un oso, pero siempre cumplí con mi deber, y á pesar de esto, me miran con malos ojos. A las seis me presentaré en casa de tu padre para prometerle formalmente tu nombramiento.

Y Cristián Hofer fué á ocupar la plaza del viejo Waldmann.

* * *

- ¡Ah, querido muchacho, al fin estás aquí!.. Sí, al fin, porque al fin de algunas semanas no has podido consagrarme un momento, y aunque conociendo tu buen corazón, comenzaba á preguntarme si la mala hierba del olvido comenzaba á crecer ya. Más vale tarde que nunca; siéntate; te veo con mucho gusto.

Y Conrado Waldmann indicaba á Cristián un sitio á su lado, cerca de la ventana de pequeños vidrios.

- ¿Olvidaros, maestro? ¡Oh, no habéis podido creerlo así!..

- El agua corre hacia el río, y la juventud busca lo que es joven. Nada más natural que preferir en tus ratos de ocio una excursión, ó beber un vaso de cerveza con los amigos, pues deben buscarte mucho, en vez de esta habitación triste y la conversación con un pobre viejo.

- Esto fuera de mi parte una vil ingratitud, y me despreciaría á mí propio. La verdad es, maestro, que he tenido mucha ocupación. Ya sabéis que Nisch ha llegado aquí el mes último, con toda una cuadrilla de obreros; las reparaciones se han ejecutado concienzudamente, y en todo se ha seguido vuestro consejo.

- ¿Y va bien eso? ¿El gran juego?

- ¡Un trueno!

- ¿La expresión?

- Sensible á los menores matices.

- ¿Las voces humanas?

- Hasta confundirse con ellas.

A cada una de estas contestaciones, Conrado Waldmann se había reanimado, irguiéndose con los ojos brillantes. ¡Ah! Siempre amaba su órgano.

- ¿Con que el instrumento es perfecto otra vez?

- Perfecto.

- ¿Sabes que me dan ganas de ir á oírle el domingo?

El joven se perturbó un momento; pero recobrando su sangre fría, dijo con el tono más natural:

- El domingo no, maestro, porque no tocaré... Me ha ocurrido la idea de esperar la Navidad para debutar en las mejores condiciones posibles. Sí, en la misa de media noche; he organizado un coro, y trabajamos juntos asiduamente en el estudio de una gran composición. La catedral no está lejos de esta casa, y abrigándoos bien, no os exponéis á resfriaros. Deseo un buen *debut*, maestro, y cuento que vuestra presencia me sostendrá, porque ¡diantre!, no es poco atrevimiento presentarse después de vos.

- ¿Y qué obra has elegido?

- ¡Oh! Ya comprenderéis que no habré elegido nada mediano; he buscado, pues, no tan sólo una obra, sino una obra maestra. No me pidáis detalles,

pues no podría dároslos, porque son más de las siete y media y tenemos ensayo á los ocho. Apenas me queda el tiempo preciso para añadir que la princesa, que se ha dignado llamarme á su palacio para felicitar por mis dos premios, y á la cual me he permitido exponer mi proyecto, se ha interesado al punto, tanto que gracias á ella la orquesta del teatro prestará su concurso, juntamente con el cuarteto vocal.

— ¡Pues será una verdadera solemnidad!

— Así lo espero. ¿Me prometéis venir?

— La catedral no está lejos, según creo; pero desde que vivo como ermitaño soy muy friolero.

— Os enviaré un coche para que os recoja á vos y á Odila. ¿Me lo prometéis?

— ¿Podría rehusar nada á mi Cristián?

— Pues ya soy feliz.

— ¿No te volveré á ver hasta entonces? ¿No vendrás entre dos ensayos para referirme?..

— No lo creo, porque tendré demasiado que hacer; pero pensaré en vos, maestro, todos los días; mas no digáis nunca que yo os olvido.

El anciano quedó solo en la reducida habitación, iluminada por una lámpara judía de cobre cincelado, pendiente del techo.

Y con las manos sobre las rodillas y la cabeza reclinada sobre la espalda de su sillón, se entregó á sus meditaciones. Mientras que conservó su cargo de organista, la voluntad le había sostenido, y un poco de orgullo también, el orgullo de no haber sentido un solo día de desfallecimiento durante su larga carrera. Por otra parte, quería que Cristián le reemplazara; retirarse antes que el joven hubiese obtenido sus grados, era entregar la plaza á otro, y Conrado se mantuvo firme. Dimitidas sus funciones, sobrecogióle una dejadez indecible; la vejez pesaba sobre él con todas sus fuerzas.

Desde su paseo con Cristián por la orilla del río, en aquella tarde de octubre, suavemente verde y sonrosada, no había vuelto á salir.

Sus días se deslizaban en aquella estrecha habitación de paredes de encina, donde durante años y á fuerza de ahorros había reunido algunas bellas cosas: un tríptico de la escuela de Van Dyck, representando escenas del Antiguo Testamento; una tapicería de Arras — Apolo con las nueve Musas, — y un facistol muy antiguo de iglesia, en hierro forjado. Todo esto comprado en las pequeñas tiendas y á la casualidad en sus idas y venidas.

Para Conrado, lo esencial de aquel pobre interior era un mueble del Renacimiento, sencillo, pero auténtico, y era su biblioteca musical. ¡Solamente él hubiera podido decir cuántos sacrificios representaba aquello! La colección de los clásicos del órgano se alineaba casi completa, encuadrada modestamente, aunque con decencia. Para llegar á reunirla con tan escasos recursos, había sido necesario, no tan sólo abstenerse de fumar y de beber, sino renunciar á ligeros recreos y comodidades. La joya de esta colección — que descubrió un día en la trastienda de un preñero israelita, entre montones de insignificantes papeles — era un ejemplar — edición *princeps* — de la célebre misa á seis voces *Assumpta est Maria*, de Palestrina, con la firma del maestro: el día en que encontró esta obra fué el más feliz de su vida, y Waldmann la tocaba con tanta delicadeza como si fuera una hostia.

«¿Se habría atrevido Cristián con esto?, se preguntó á la incierta luz de la lámpara hebrea. ¿No está escrito para Navidad? ¿La cantata de Bach, tal vez? No, ha hablado de una misa. ¿Qué será entonces?»

Se levantó, y abriendo el mueble Renacimiento, consultó una veintena de volúmenes. Tan pronto creía haber adivinado y exclamaba: «¡Ya lo tengo, no puede ser otra cosa!», como se decía un minuto después: «Sin embargo, hay algo mejor que esto,» y sus vacilaciones comenzaban de nuevo. Varias veces, *Bola de nieve*, su gata, descendiente de *Lioneta*, que sucedió á *Mefisto*, había llegado á frotarse contra él, como para decirle: «¡Se te olvida que ya es hora de

dormir!» El toque de la queda había resonado en la catedral, y Conrado revolvía los papeles aún en su biblioteca.

Para distraerle de estas largas preocupaciones fué



... pero como la princesa le presentase su fina mano, inclinóse para besarla

necesario que Odila llegase á sacudirle por el brazo.

— ¿Pero en qué pensáis, para velar así á vuestra edad, con esos ojos que se debilitan, y cuando todas las personas honradas están ya bajo la colcha? ¡Habrá locura como esta! ¡Mereceríais en castigo que no os diese azúcar mañana á primera hora para tomar el café con leche!

— Hago mal, Odila, lo confieso humildemente...

Mea culpa... ¿Está encendida mi luz?

— ¡No hace poco tiempo!

— ¡Buenas noches, Odila, buenas noches! ¡Dadme, sin embargo, un terrón de azúcar! ¡Se hace uno tan goloso cuando envejece!

Una vez acostado, Waldmann se sintió otra vez poseído de curiosidad, que le tuvo despierto hasta el amanecer; pero al fin se adormeció, murmurando como conclusión:

«¡Bah!, tanto vale que la sorpresa sea completa. De lo que estoy cierto es de que será la piedra de toque de su buen gusto.»

* *

— ¡Sr. Waldmann, Sr. Waldmann!

— Y bien, Odila, ¿nos hemos retrasado, ó arde la casa?

— ¡Un coche de palacio, un coche de dos caballos, delante de la puerta, Sr. Waldmann!

— ¡Divagáis, Odila!

— ¡Venid á verlo!

Muy abrigado con una gruesa hopalanda; un tapabocas alrededor del cuello y guantes de lana en las manos, Conrado, siempre incrédulo, franqueó la escalera, seguido de la criada, que iba muy compuesta. Junto á la acera, un lujoso cupé, con dos caballos magníficos, con un soberbio cochero en el pes-

cante y un diminuto lacayo de pie junto á la portezuela, todo con las armas de la princesa, parecía esperar.

Conrado, muy perplejo, se introdujo en el coche; Odila tomó asiento enfrente de él, y los caballos de pura sangre partieron al trote, á pesar de la ligera capa de nieve que blanqueaba el suelo. El trayecto no duró más que cinco minutos.

La catedral estaba llena ya: centenares de cirios, formando haces luminosos, brillaban en los pilares; el altar mayor estaba deslumbrante, y el retablo de madera esculpida presentaba su patético Descendimiento de la Cruz, obra del siglo xv. Jamás Waldmann había contemplado aquella maravilla sin enternecerse; y era porque resplandecía por la sublime sinceridad de los artistas de otro tiempo. Aquel que construyó el retablo, trabajando con su paciente cincel la encina dura, no había pensado seguramente en ganar dinero ni renombre; su alma había querido decir alguna cosa en aquel fragmento de madera que al cabo de cuatro siglos se admiraba aún; y más de una vez Conrado había ido á pedir á la obra maestra un ejemplo de probidad artística y de humildad.

— Sr. Waldmann, venid por aquí; me han recomendado que le guarde dos sillas.

Y condujo al anciano y á Odila á sus sitios, á la izquierda del altar.

Se acababa de encender los cirios; la iglesia brilló, y como llegaba más gente de continuo, no quedaba ninguna silla vacía.

Produjose un movimiento cuando, precedida de ujieres, la princesa hizo su entrada entre los altos dignatarios de la corte; era muy joven, rubia como su madre, delicada y encantadora como ella.

A la derecha del altar se habían reservado otros sitiales, donde la princesa se instaló con su séquito; y en el mismo instante se presentó el clero, con todo el brillo de sus vestiduras y escoltado de los niños de coro, que balanceaban el incensario. En un momento la catedral quedó embalsamada por el perfume de la mirra; mientras que los cirios, vistos á través de la ligera cortina de humo azulado, parecían pálidas estrellas en una noche vaporosa.

El arcipreste había franqueado los escalones del coro, y de pronto reinó el silencio.

¡Qué conmovido estaba el viejo Conrado Waldmann! Con los ojos ansiosamente fijos en la galería del órgano, observaba todos los ademanes de su joven amigo, del hijo de su corazón; y entretanto, Cristián, los coristas y el director de orquesta hacían las supremas observaciones. Después quedó silenciosa la galería.

«¡Dios mío, se repetía Conrado por centésima vez, con tal que conserve su sangre fría y que todo marche bien!»

El director de orquesta había levantado su batuta, y entonces Conrado, respirando apenas, inclinó la cabeza, con la frente apoyada en su mano y esperó.

Y los órganos comenzaron á sonar, produciendo extensos y majestuosos acordes: hubiérase dicho que era un magnífico río de armonía, que se deslizaba con lentitud entre orillas de líneas clásicas. Veinte ó treinta compases, pero magistrales, revelaban el sentimiento del genio.

A los primeros sonidos, el anciano había levantado la cabeza, y estaba tan pálido como los paños del altar.

«He oído mal, se dijo, no es posible!»

El conmovedor prelude continuaba: una solemnidad descendía del órgano y propagábase á través de la iglesia; el río, ensanchándose, límpido y luminoso, convertíase en un mar de poderosas ondas.

— ¡Kyrie, kyrie eleison!

A la voz del oficiante, el coro contestó, acompañado del órgano y de la orquesta: ¡Kyrie eleison! ¡Christe eleison! Cada nota era como un acto de fe; el conjunto tenía la belleza de las cosas eternas; y Conrado Waldmann, con la frente apoyada en su

mano, lloraba, poseído de sorpresa y de espanto y dichoso á la vez.

Había reconocido su *Misa de Navidad*.

La ejecución era perfecta; en los menores detalles la obra gigantesca había sido estudiada á fondo, como la piedra sagrada de la catedral, y sin que escapase ninguna de las intenciones del autor. La orquesta, los coros y los solistas rivalizaban en celo para interpretar su pensamiento íntegro. La parte de órgano era superior: al melodioso *Sanctus* y al *Agnus Dei* siguió un trío de una expresión extática, un suave *Benedictus* acompañado de los instrumentos de cuerda; y en la *Elección*, sobre todo, cuando el instrumento rey cantó solo un himno en que se desbordaba la cándida alegría, el infinito amor, los aceros mismos de la beatitud de un corazón prosternado ante la divina cuna, donde la agreste flauta y la gaita pastoril se contestaban con las violas de los querubines, no había un solo ojo sin lágrimas en aquella inmensa multitud subyugada. En cuanto al anciano, lloraba siempre; y las lágrimas corrían poco á poco por sus mejillas demacradas, entre sus dedos nudosos por efecto del reumatismo. ¡Pero el rocío de mayo sobre el cáliz de las jóvenes rosas no es tan dulce como eran sus lágrimas, sin las cuales se hubiera roto el corazón de Conrado! Su sueño más secreto y más querido, cuya realización no pensaba ver nunca, realizábase por milagro. Aquella misa, la gran angustia y la mayor delicia de su vida, érale dado oír la ejecución de una manera magnífica. Y por modesto que fuese, comprendió que su trabajo no había sido inútil y que la obra era hermosa. Más feliz que su maestro Bach, entraba vivo en la tierra prometida.

«¡Ah, buen muchacho!, exclamaba pensando en Cristián. Él es quien tuvo la idea de esto, quien lo ha combinado todo, llevándolo á buen término. ¡Y yo que le acusaba de olvidarme, cuando no tenía un pensamiento que no fuese para mí!»

La misa terminaba con un *Aleluya*, casi comparable con el del Mesías. En una fuga colosal, el órgano, la orquesta y los coros ascendían y descendían las escalas de los sonidos; y esto saltaba como un torrente, retumbando como el rayo. El prodigioso edificio de aquella misa tenía un coronamiento digno de ella, y en aquel laberinto de notas, reguladas con orden supremo, un soplo de los enormes tubos lanzado en su plenitud hacia las docenas de voces y los sesenta instrumentos, comunicaba el *summum*: la catedral parecía vibrar toda ella, y había un estremecimiento en la multitud.

Después reinó el silencio, y durante algunos minutos se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

— ¡Ah, maestro, maestro, no puedo esperar para abrazaros!

Era Cristián, que había bajado presuroso de la galería, estremeciéndose hasta las puntas de los dedos.

Incapaz de articular una sílaba, Waldmann abrió sus brazos, atrayendo al joven sobre su pecho.

— ¡Venid, maestro, dijo Cristián, la princesa desea veros!

A través de la multitud, que se apartaba respetuosamente, pasaron poco á poco. La joven se adelantó hacia Conrado, radiante como la primavera.

— Esta hora es hermosa para todos nosotros, dijo. En nombre de nuestra ciudad yo os doy las gracias.

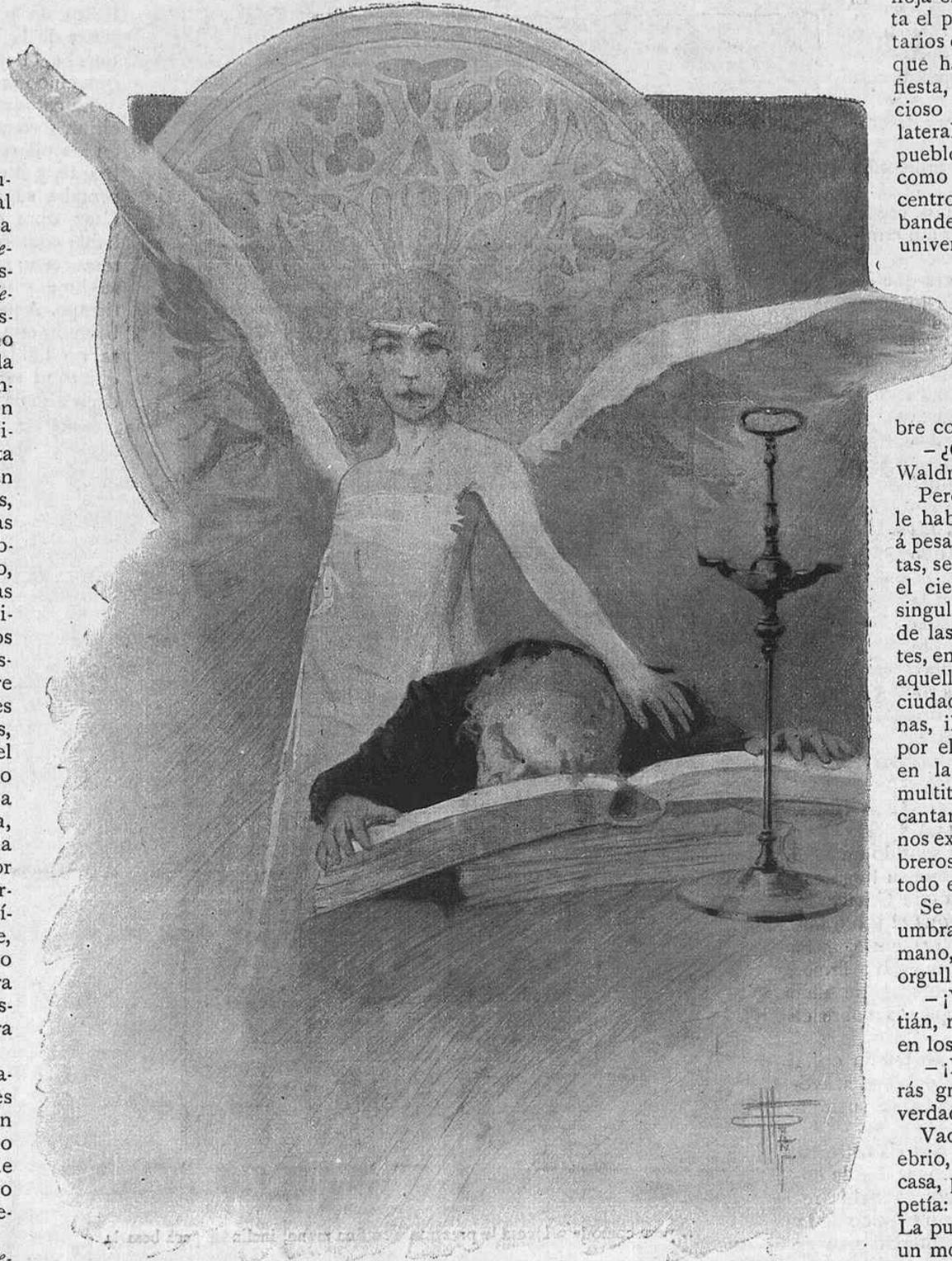
Y con voz más baja añadió:

— ¡Es cierto que habéis conocido á mi madre?

¿Había llegado hasta la princesa un eco de lo que se contaba? Era poco probable; pero á Conrado le pareció que en aquellas palabras se encerraba una intención, y que deseaba asociar á la difunta el triunfo de aquella noche.

Conrado quiso contestar, sin que le fuese posible;

pero como la princesa le presentase su fina mano, inclinóse para besarla, y sobre los dedos patricios, adornados de joyas, sus luengos mechones blancos se deslizaron como un arroyo de plata.



Estaba sentado á su mesa, con la cabeza apoyada en el volumen de broches de oro

— Maestro, dijo Cristián, de Leipzig, de Munich, de Weimar y de Dresde han venido músicos, críticos y aficionados.

Y Cristián pronunciaba nombres y títulos, á cada uno de los cuales se pintaba un asombro creciente en las facciones de Conrado. ¡Cómo! ¡Habían venido por él, pobre compositor, todos aquellos personajes célebres y querían que se les presentara para saludarle y felicitarle! El viejo no podía dar crédito á sus ojos, y dirigía miradas atónitas hacia la princesa, radiante de alegría, y hacia Cristián. ¡Ah, cómo había trabajado el joven para obtener aquel resultado! Había dado pasos, sirviéndose de sus amigos, de sus conocimientos, escribiendo, solicitando, aprovechándose de todas sus influencias, despertando en los más fríos el entusiasmo, sostenido además por el director de orquesta, apasionado por la *Missa solemnis*, y por la princesa, á quien todas las semanas daba cuenta de los ensayos. El éxito, por lo menos, correspondía á sus esperanzas.

— Maestro, dijo, me he permitido concluir un contrato con la casa Holler é hijo, de Munich, para la edición de vuestra obra, y el Sr. Holler quiere venir él mismo á ofreceros el primer ejemplar.

Un hombrecillo repleto y risueño se adelantó hacia Conrado, inclinóse para hacer una reverencia automática y presentó al anciano un magnífico volumen en 8.º, encuadernado en chagrín amarillento, con estas palabras: *Missa solemnis*, y el nombre de *Conrado Waldmann*, que brillaba en letras de oro entre los broches góticos.

Los cirios comenzaban á extinguirse, y á una señal del maestro de ceremonias, los ujieres de la cor-

te alinearon á los concurrentes para la salida de la princesa.

Esta última, con una gracia exquisita, ofreció entonces su brazo al anciano, que temblaba como la hoja en el árbol, y le condujo hasta el pórtico, siguiendo los dignatarios de la corona, los extranjeros que habían acudido para ver la fiesta, y Cristián, llevando el precioso volumen. Por las puertas laterales se había deslizado el pueblo, y ahora había en la plaza como una oleada humana. En el centro, con hachas encendidas y banderas, los estudiantes de la universidad formaban una doble fila, y cuando el viejo artista se presentó, siempre cogido del brazo de la adorable princesa, los aplausos contenidos tan á duras penas en la catedral, estallaron al aire libre como una tempestad.

— ¿Qué ocurre ahora?, pensó Waldmann. ¡Sin duda sueño!

Pero algunos brazos robustos le habían cogido ya, y Conrado, á pesar de sus ademanes y protestas, se vió llevado en triunfo, bajo el cielo tachonado de estrellas, singularmente sereno en medio de las hachas y de los estandartes, entre los cantos y los vivas de aquella hermosa juventud y de la ciudad entera. Miraba las ventanas, iluminadas en todas partes por el resplandor de las hachas en las fachadas, y la compacta multitud seguía siempre. Oyó los cantares, los *bravos*, veía las manos extenderse hacia él y los sombreros agitarse; y cada vez más todo esto le parecía un sueño.

Se llegó á la casita, en cuyo umbral, con una lámpara en la mano, estaba Odila henchida de orgullo.

— ¡Vamos, maestro, dijo Cristián, no se dirá que no hay llama en los corazones jóvenes!

— ¡Hijo mío querido!.. Les darás gracias de mi parte, ¿no es verdad? ¡Yo no puedo, no puedo!..

Vacilante como un hombre ebrio, Conrado penetró en su casa, precedido de Odila, que repetía: «¡Jesús, Jesús, qué noche!» La puerta se cerró; pero durante un momento los estudiantes permanecieron bajo las ventanas del viejo, cantando en su honor. Después, habiendo dado las dos en

la catedral, la multitud, profiriendo el último *hurra*, se dispersó.

¡Oh, qué hermosa noche, qué hermosa noche de Navidad! En los árboles y en los matorrales la escarcha brillaba: eran fantásticas girándulas, collares de perlas y ríos de diamantes prendidos en cada rama. Hasta la nieve parecía luminosa; y en el cielo, de una transparencia excepcional, millares de astros deslumbradores parecían mostrar el camino á los serafines portadores de la Buena Nueva.

— ¡Vais á pasar buena mañana!, había dicho Odila á Conrado al separarse de él.

— ¡Creo que no cerraré los ojos, porque soy demasiado feliz!

A eso de las diez, no habiendo oído ruido en la habitación de su amo, Odila entró. Estaba sentado á su mesa, con las manos extendidas y la cabeza apoyada en el volumen de broches de oro.

— ¿Si no se habrá acostado?, murmuró Odila.

Le llamó, mas no obtuvo contestación; acercóse y le tocó en el hombro, sin que hiciera ningún movimiento; tenía los párpados caídos y sonreía, como el viejo Simeón cantando su *nunc dimittis*.

Aquella inmovilidad espantó á Odila; le tocó las manos y las halló frías y rígidas. La muerte clemente no había querido que Conrado sobreviviese á la apoteosis; como el segador se duerme sobre su haz de espigas, había quedado dormido en pleno triunfo, pasando sin transición desde la música inmortal de su *Missa solemnis* á los inefables conciertos de los ángeles.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANAQUE BASTINOS PARA 1899. - El diligente y conocido editor barcelonés D. Antonio J. Bastinos ha dado á luz un almanaque que á la vez que catálogo ilustrado de las numerosas obras de su casa, es una recopilación de curiosos artículos, entre los que sobresalen algunos de bellas artes, biografías de personajes españoles y extranjeros, y asuntos políticos de actualidad.

IDEAL, novela por S. Albert. - Sobre un asunto basado ingeniosamente en el título de esta novela, escrita en catalán, ha trazado el autor un acabado cuadro de costumbres del país, que comunica gran atractivo á la lectura. Consta de 72 páginas, y está impresa en la Estampa d' en Octavi Viader, de Sant Feliu de Guíxols.

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA PER L' ANY 1899. - Al igual que los años anteriores, el editor del popular periódico semanal catalán de aquel nombre ha publicado un almanaque que compete en mérito y variedad con los precedentes. Artículos de actualidad, humorísticos, inspirados y graciosas poesías, chistes, anécdotas, cuentos, debidos unos y otros á la pluma de los más conocidos escritores de nuestro país, y por añadidura amenizado todo ello con profusión de interesantes grabados, constituyen un elegante y bien impreso tomo de 200 páginas que se vende á peseta en casa del editor D. I. López, Rambla del Centro, y en todas las librerías y kioscos de esta capital.

BARAJA DE SONETOS, por D. Francisco de la Escalera. - Forma una serie de sonetos, tan bien medidos como rimados, pero en algunos de los cuales se vierten atrevidos conceptos y en otros se nota un escepticismo, indicio de que el autor anduvo algo humorado al escribirlos. Constituye un tomo de 46 páginas cuyo precio es una peseta.

FOTOGRAFÍA DEL CEL, conferencia donada en lo Ateneu barcelonés el día 30 de abril per Joseph Comas Solá. - El señor Comas, de cuya competencia en asuntos astronómicos son prueba los artículos que con frecuencia da á luz en la prensa diaria, ha hecho gala en esta conferencia de sus conocimientos en tan interesante cuestión de un modo científico á la par que ameno. La fotografía del cel constituye un folleto de 26 páginas, acompañado de trece fotografados que ilustran convenientemente el texto, é impreso con esmero en la tipografía del Avenç, Ronda de la Universidad, 4.

CUESTIÓN CANDENTE (EL LIBERALISMO ES PECADO), novela por Gabriel de Lamismada. - Obra que, bajo una ficción novelesca, tiende á desarrollar el tema político religioso de su segundo título. - Se ha publicado en Palma de Mallorca, en la tipografía católica de Sanjuán hermanos, y se vende á dos pesetas el ejemplar de 126 páginas en 4.º, destinándose su producto íntegro á los pobres.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acritud de la Sangre, Herpatismo,
Aone y Dermatitis.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Específicas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecções del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empebrocimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion, ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecções nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FA-BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PANCREATINA DEFRESNE

Adaptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecções del estómago y facilita siempre la digestion.
En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.

Exijase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1876 1878

BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION

ASMA y toda afecção Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}. 102, R. Richelieu, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecções del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exijir en el rotulo a firma de J. FAYARD, adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

APIOLINA CHAPOTEAUT
NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

VINO AROUD

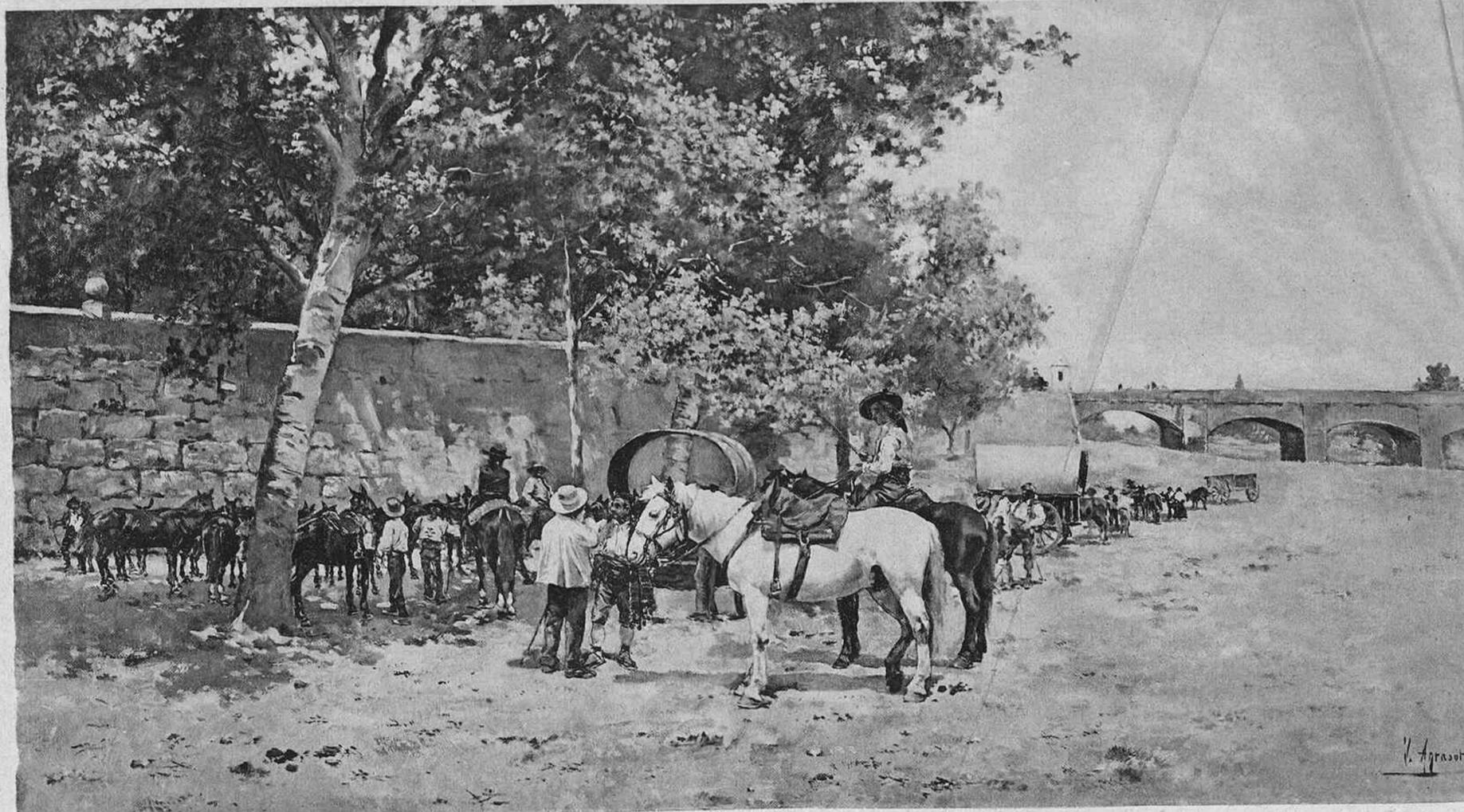
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é influenza, etc.

102, Rue Richelieu Paris, y en todas farmacias del Extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



En el Real de la feria, cuadro de Joaquín Agrasot (Salón Robira)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL A LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.



GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PREGIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

OBESIDAD
 PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
 En las principales Farmacias
 del Dr SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN